

CARLOS OLIVERA

---

VIDA  
L I T E R A R I A

In lauding Beauty, Genius  
merely evinces a filial affection.  
To Genius Beauty gives life —  
reaping often a reward in Im-  
mortality.

POE.

BUENOS AIRES

EDITOR: JUAN ROLDAN, LIBRERÍA DE LA FACULTAD

Florida 418

1910



## ¿UNA PALABRA?...

---

*La exegésis contemporánea rara vez es sincera; pero es más raro todavía que sea sóbria. Y sin embargo, especialmente en Francia, hay muchos escritores capaces de realizar esa tarea con precisión y franqueza, elementos necesarios para que ella sea una colaboración eficaz en la obra de atacar el espíritu.*

*Se puede ver fácilmente en estos estudios, breves, es cierto, pero de alta curva, que el autor no pertenece á ninguna escuela, y que no pretende abrir brecha en las costumbres literarias, que imponen camaradería, ni asociarse á la filosofía trascendental que blasona de conocer en absoluto lo bueno y lo bello.*

*No hace como sus antecesores del tipo Sainte-Beuve, ni como sus contemporáneos del tipo*

*Jules Lemaître y Anatole France; le falta espíritu de imitación y le sobra quizás un poco de independencia. Como escribe solamente por desahogarse de sus impresiones artísticas, no para mientes en acercarse ó parecerse á ningún maestro, resultándole de esa libertad de acción un criterio personal, que eleva el placer íntimo y particular á la categoría de una medida sin apelación.*

*En efecto, el autor es un irreverente. Sus juicios no se ajustan ni encuadran con ningún absolutismo, por más científico que parezca.*

*Si encuentra figuras, imágenes y pensamientos que lo embelesan, se permite el lujo de pensarlo, de sentirlo y aún de escribirlo, con la más completa espontaneidad, sin preocuparse de las graves sentencias de las Academias ó de las autoridades consagradas; lo que el autor lamenta, porque ello le parece indicar mala educación en materia literaria; el concepto habitual en los profesionales es la conformidad con las reglas establecidas.*

*Pero el autor no puede con su génio. Tiene, evidentemente, un génio rebelde. No cree en ninguna perfección absoluta y admite fácilmente, que todo lo que el hombre hace y piensa*

*en este planeta, pueda no tener importancia alguna. Se escucha con atención y habla con sinceridad. Aplaude cuando se siente complacido, y critica con vivacidad cuando cree hallarse frente á una mistificación. Será ó no será esa la impresión de sus lectores; pero él dá la suya, y la dá con verdad, con fervor, como si valiera la pena de darla; lo que seguramente es un error, porque, en general, á nadie le importa de las opiniones ajenas.*

*Así, el lector hallará en estas páginas todo menos el deseo de regimentar ni de pontificar. Con motivo de ser hombre de letras, ha querido algunas veces dar expansión á sus impresiones; generalmente ha tenido que valerse de sus recuerdos para improvisar estudios que le reclamaban ó pedían los diarios ó Revistas donde trabajaba. Nunca lo ha guiado la intención de enseñar, ó de indicar como absolutas y definitivas las bellezas que admiraba, ó las imperfecciones que acusaba.*

*Macaulay le parece más completo y sincero, como crítico, que Sainte-Beuve; y Sainte-Beuve*

*le parece más valiente que Lemaitre y Sarcey. Cuando el maestro francés habla de los muertos, su independencia y franqueza son mayores que cuanto se refiere á vivos, porque no hay nada que cohíba más, en la crítica de cualquier rasgo de la fisonomía, que la contemporaneidad.*

*Si Macaulay satisface nuestro espíritu por la varonía con que afronta los extremos y juzga de las actitudes, ello se debe á una filosofía más alta y ámplia que la de Sainte-Beuve, francés antetodo, es decir, hombre de mundo, galante y afable.*

*Un crítico, necesariamente, si quiere ser eficaz, tiene que renunciar á la galantería al temor de las represalias y al cálculo del mal que pueda causarse en la venta de sus obras. Lemaître tiene algunos ímpetus de sinceridad con los principiantes; Francisque Sarcey no señala las imperfecciones de los escritores de reputación, sinó con un respeto cercano de la pusilanimidad. Anatole France es casi patriarcal, desdeñoso; pero con tantas consideraciones por sus víctimas, que sus reproches carecen de eficacia.*

*En Inglaterra se comprende más la alta crítica independiente, que en Francia. El inglés,*

*cuando es escritor, no abandona completamente las otras facetas de su figura, á menos de ser un profesional científico, como Tyndall, Bain, Spencer. En Francia, el escritor encuentra atmósfera tan favorable, que si se dedica á cultivar la camaradería, y el reclamo en los diarios y revistas, aunque sea muy mediocre, termina por hacerse comprar sus producciones. Ningún crítico resiste á la seducción de los procederes amistosos, á las invitaciones, á la intervención de las damas, á los múltiples resortes del interés de gremio, habilmente manejados.*

*Aún cuando la reputación los pone fuera del alcance de esos prestigios, el mismo reposo y benevolencia consiguientes al triunfo, los llena de afabilidad ó desdén por los principiantes, quienes, por otra parte, siempre tienen adherencias en los diarios, y se defienden como gente nueva y resuelta.*

*El oficio de crítico, es, pues, imposible, con los contemporáneos, en un país de escritores, como la Francia. Y aún en Inglaterra, donde los hombres pueden ser vecinos sin conocerse, los casos de sinceridad son raros. Si Lord Byron hubiera estado en Londres cuando lanzó su primer panfleto, habría tenido más de un*

duelo. El incomparable Edgar Poe se permitió la voluptuosidad de hacer algunas críticas á fondo; pero eligió, de preferencia, figuras altas y simpáticas, de modo que no pudo emplear, sinó como excepción, la sátira ó el reproche.

Los críticos han sido siempre caracteres salientes: Arquíloco, Aristófanes, son los tipos de la especie. Roma republicana fué un escenario distinguido de esas calidades; el foro, sin embargo, absorbió el coraje y la habilidad requeridos para esfuerzo tan superior. El caso de Cicerón y Apuleyo es altamente interesante. La tribuna jurídica invitaba á la franqueza y á la destreza; una democracia brava, brutal y ávida, estimulaba á decir toda la verdad, ó á inventar hábiles calumnias. No pasaron esos impulsos á la literatura, sinó por medio de algunos pocos escritores: Luciano, por ejemplo. Así mismo, sus sátiras son impersonales, aún cuando lo sean mucho menos que las obras de los comediantes.

El autor reconoce que ha sido duro, es decir, que no ha usado de la galantería profesional, cuando ha creído que debía decir fran-



camente lo que pensaba. Pero no cree que esta dureza sea una grave imperfección; él la prefiere al almibar que ciertos otros derraman uniformemente sobre todas las producciones, lo que parece indicar que no tienen paladar, ó buscan algún resultado industrial con sus banalidades.

Acostumbrado nuestro oído á la sublime y exquisita elocuencia de Liszt, no podemos permanecer indiferentes, cuando su asiento en el piano es ocupado por un mediocre ó un torpe imitador del talento. Es cuestión de nervios. Cuando nuestro espíritu se entrega al culto del arte, nos sentimos implacables para lo que no nos gusta; ni pensamos siquiera, que, quizás, producimos alguna profunda herida en la vanidad ajena; absorbidos por el ansia del placer, lo buscamos con ahinco, y apartamos con impaciencia la hojarasca ó las ramescencias que nos impiden acercarnos á las flores.

El autor confiesa que no cree en el mérito personal; que para él los artistas, como los demás fenómenos del mundo, son emanaciones de una fuerza desconocida, y que nadie debe envanecerse de nada, mientras que todos haríamos bien si nos dedicáramos á gozar del placer de

*las cosas sublimes, felicitando al agente á través del cual se manifiestan.*

*Homero, Virgilio, Horacio, Heine, son vasos sagrados, llenos de perfumes embriagadores, de visiones, de emociones exaltantes; gloria para sus nombres! pero solamente por haber sido elegidos por el Destino, para ser las almas elocuentes de su siglo. Ningún rencor, pero tampoco ninguna indulgencia para los mediocres que se lanzan á la arena, parodiando á los héroes. Al arte pedimos la embriaguez de la altura, la deslumbradora é inefable emoción de la inmortalidad. No debe aproximar á sus labios la copa encantada de la Poesía, quien no tenga las Musas sentadas al banquete interior de su pensamiento.*

*Somos, en la vida ordinaria, tolerantes é indulgentes con nuestras comunes debilidades. Pero el Arte es terreno de excepción; y como devotos de los Dioses que en él se reúnen para deleitar y desesperar el espíritu del hombre, rechazamos indignados á los que nuestro sentimiento personal nos señala como simuladores del génio.*

*El autor de este libro, ¿para qué ocultarlo? está desencantado de haber dedicado su vida al estudio. Si naciera de nuevo y pudiera elegir camino, no aprendería ni á léer. No es vanidad herida, ni encono contra una suerte maligna. Sería pueril negar que ni el mundo ni sus pequeños placeres le han sido adversos. Al contrario! La atmósfera simpática que lo rodea como escritor, es un contraste con su desencanto. Este viene de otras causas, mucho más hondas, más constantes y vivaces que la impresión pasajera á que se debe la buena ó mala reputación.*

*El autor quería ser feliz, quería gozar del aire libre, del sol, de la belleza; sus contemporáneos buscaban lo mismo en la fuente del estudio; y él los imitó. Largos años se abrevó en ella, privándose de todo placer, contraída su terrible voluntad al sólo objeto de alcanzar la ciencia, siempre más lejana. Mientras, febrilmente casi, arrojaba notas, desparramaba impresiones, marcaba sus etapas, prometiéndose*

*rectificarlas, alguna vez, cuando llegara el momento de la cosecha.*

*Pero hoy, después de la enorme tarea en que empleara sus fuerzas, viejo, cansado, tiene que confesarse que su sacrificio ha sido estéril; que no ha encontrado ni la dicha ni el saber. No sintiendo tierra firme bajo los pies, su probidad se rebela ante la idea de aparecer convencido de algo absoluto, siquiera de algo permanente; y se niega á ofrecer á sus lectores la imagen de sus impresiones, como una resultante científica. Son simplemente opiniones personales, circunscriptas al criterio del autor, y sin ninguna pretensión de universalidad.*

*Estos estudios son parte de la huella de su trabajo; algunos conservan el absolutismo, la rigidez de creencias que formaban entonces la trama de su vida. Pero todos tienen la única calidad que le parece respetable, la sinceridad; de modo que sus defectos pueden retrazarse y asociarse á los principios que les han dado nacimiento. Errores? muy posible; pero, justamente en ese punto principian sus dudas y sus vacilaciones. ¿Porqué los modos particulares, personales, de ver las cosas, han de ser imperfectos? ¿Sóloamente porque no son del mayor número?*

*La verdad es una quimera. Ni existe ni puede existir verdad para el espíritu humano, porque él no es una medida, sino un prisma. Y hay tantos prismas como hombres. La constancia de ciertos principios, de las leyes que rijen el mundo físico-químico, por ejemplo, nos hace entrever un sistema de ordenación en los fenómenos; pero esos son aspectos, aristas de la verdad, que no se deja penetrar, aunque se deje aproximar. Es inasible. Además, no es seguro que si conociéramos á fondo ese problema seríamos perfectos, es decir, que no cometeríamos errores; porque la personalidad parece justamente venir de que andamos buscando un camino; la felicidad consistiría en créer que lo hemos hallado, y la personalidad cesaría en cuanto estuviéramos satisfechos ó haziados.*

*Así pués, no crée el autor estar en lo cierto cuando alaba ni cuando critica; lo único que se atreve á afirmár es que ha tomado en cada caso, lo más fielmente posible, la visión que ha encontrado en su espíritu.*

*Si el autor pudiera créer, ahora, que al hacer apreciaciones sobre las obras de ciencia ó*

*arte, había estado siempre en la verdad, sentiría la satisfacción del que ha llevado á término algo que reputa útil ó bello. Pero ese tiempo ha pasado para su espíritu. En realidad, el autor está liquidando su testamentaria intelectual.*

*Devoto del orden, está poniendo en regla sus papeles. Siente que vendrá pronto para él un momento de suprema contemplación, estéril ó fecunda, ó de suprema indiferencia, en que le faltará energía hasta para desear que el pasado no hubiera existido.*

*Por eso se apresura á dejar documentos, á facilitar los apuntes con que ha de ser compuesto su epitafio. En cierto modo ya se mira á sí mismo, como miraría á otro. Se objetiva. Siente como un desprendimiento de ataduras, como un abandono de adherencias y dicotomias, que se produce sin laceraciones y casi sin pena. No se juzga; se lee, á veces se encuentra orgulloso de haber sido; á veces lo gana el antiguo entusiasmo, y un hervor de juventud le renueva sus antiguos y nobles dolores. Pensativo, recorre con la memoria el largo y penoso camino en que destrozó sus piés; á su vista se ofrecen las hileras más ó menos borradas de los otros sepulcros; la en un tiempo magestuosa y suges-*

*tiva Vía Appia de todas las grandezas de la historia, ha caído en ruina, para su espíritu, como la que visita ahora el viajero en la ciudad llamada eterna por la poesía. Sus ojos se elevan de ahí á los astros, á la historia infinita, á lo que probablemente ha sido, á lo que es, á lo que será; y el ansia insuperable que surge de esa colosal contemplación, lo desespera y le llena el alma de lágrimas.... En su pequeñez de átomo, sentía antes los tormentos de la fuerza que no alcanza á convertirse en obra: hoy, la melancólica confesión de su impotencia, lo llena de ese desgano que se va cambiando poco á poco en desinterés de todo lo que ha existido.*

*El autor ha vacilado mucho antes de hacer estas mismas confidencias; ha esperado días y días para conseguir un momento en que su espíritu, ya rebelde, quisiera prestarse á decir algo de lo que siente; pero deseaba no engañar, no simular, no entregar su obra como si creyera en ella. Debía este sacrificio á su altivez; y hélo aquí cumplido. Todo en él está destemplado y desencantado, menos el penacho de Cyrano, aquel emblema de los nobles y elevados deseos, que espera poder mantener en alto hasta*

*el último momento de su existencia, como una bandera de honor.*

*Y sin embargo! . . . Este mismo desencanto, este hastío creciente, es una prueba, ó una indicación, de que su espíritu no ha perdido completamente todas las esperanzas. ¿Qué busca, entonces? ¿Por qué esa sed de un agua que no existe? El desequilibrio del mundo contemporáneo, con las apetencias reales del hombre, es profundo; el Cristianismo ha prohibido todos los placeres; y de aquí un molde férreo en que el espíritu llamea o gime, ansioso de las satisfacciones que se le niega en nombre de la cultura. El autor de este libro sabe que él no tiene una enfermedad extraordinaria; su pesimismo es el de todo el mundo. Pero la mayor parte lo oculta, lo engaña, lo adormece, se llena de ruido, huye de estar sólo, y sigue con la multitud, esperando el reposo del cansancio, ó del suicidio metódico con que acorta actualmente su existencia. Bebe, fuma, juega, se usa hasta la médula; nace viejo, y muere de abuso en la juventud. Su risa es histérica, agresiva, dolorosa envoltura de su cólera. Vive mintiendo, porque*



*la verdad del Paganismo, que era siquiera la verdad del placer, está proscripta, es un delito.*

*El autor no ha podido llenar ese programa; tenía demasiada fuerza, y luchó. Su lucidez, fruto de la abstención, lo ha herido, le ha permitido ver lo que sabiamente el mundo no quiere ver; y se ha quedado sentado á la mesa, sin audacia para irse, y sin coraje para seguir participando del doloroso banquete. No quiere quejarse, ni quiere doblarse; el resultado lo tenemos ante los ojos. Por eso se ha puesto á despedirse, entregando estas tarjetas de saludo á los que fueron amigos de su espíritu.*

---



# ELECTRA

DRAMA DE PEREZ GALDOS

---

Rígido, anguloso, cronométrico, sin vida, sin alma, sin una palpitación! Parece un bordado escolar. No hay en él matices, ni transiciones. Cada personaje tiene un resorte que lo empuja y que lo hace aparecer, en el momento necesario, á decir su parte. Uno puede imaginar facilmente al autor sacando y poniendo chavetas en su piano mecánico, para que suene cada muñeco su monólogo. Porque ni conversan siquiera esos personajes; todos tienen el aspecto de repetir una lección; sus rostros están inmóviles, sus palabras no tienen flexiones, ni arrastran ningún miembro á moverse. Se diría que es una conferencia sucesiva de fantoches.

Arte escénico, perspectiva, desarrollo natural de la acción, consecuencia de los personajes consigo mismos y con el interés que los impulsa, psíquica que los encarne y los transforme de creaciones mentales en figuras vivas, posibles al menos, ni sombra!

Debe estar muy enferma la España para que la haya movido un resorte tan débil. Debe ser grande la emoción despertada por el drama verdadero de la señorita de Ubao, para que este otro, falso, inverosímil, infantil, le haya producido la conmoción eléctrica que se conoce.

Porque ni siquiera sexo hay en este aborto. Es equívoco, ambiguo, medroso. Sardou es infinitamente más viril. Sardou es el confesor jesuíta, hábil, filósofo, paciente, audaz, refinado. Dice lo que quiere con el arte delicado y flexible de una Locusta de alta alcurnia. Habla por sus personajes de manera que uno desearía discutir con ellos, contrariarlos, injuriarlos. Se siente la punta de su florete entrar en la carne. Nos hace morder los labios. Su psicología es irreprochable. Ha hecho más mal á la civilización con alguno de sus dramas, ha retardado más el triunfo de la ver-

dad con su palabra de serpiente, que miles de sermones y de milagros, y de supercherfías. ¡Qué escritor!

Pero el autor de *Electra* no puede sostener la comparación con ningún dramático. No hablemos de los grandes maestros. Sería irreverencia recordar á Shakespeare en este caso. Pero ni con los buenos escritores contemporáneos... Si no fuera por el ruido que ha causado, no valdría la pena de ocuparse de tan desgraciada producción. Su método es el de las novelas á programa. Cada figura es una síntesis, y un símbolo. Fulano representa un carácter, Mengano otro, Zutano otro, y luego se les combina, como las piezas en los juegos de paciencia. Está á cerca de cinco siglos de distancia del arte actual, de la psíquica, de la cantidad y calidad de materia mental que se necesita tener para hacerse respetar y admirar en el teatro.

El mismo Victor Hugo, con sus dramones, á figuras equidistantes y distribuidas en terrenos cuadriculados, cada cual encerrado en su caja de sorpresa y saltando de ella en el momento único que le reserva el plan del autor, es inmensamente más tolerable que esta

planilla de números alineados, que tienen talento á hora fija y se mueven con regularidad de péndulo, de cuya combinación simplísima ha salido *Electra*.

El motivo por el cual cada uno de sus personajes repite una lección aprendida de memoria, es que el autor no es espontáneo. Es un músico de gabinete; de miles de libretos, que le saturan el espíritu, obtiene una vaga visión de bellezas y de vidas que podrían entrelazarse hasta formar una obra teatral; y así, tomando de aquí y de allá, de *Hamlet*, de Etchegaray, de Renan, de Ibsen, de Dumas, de Augier, de Sardou, de novelistas y poetas, de sabios fantaseadores y de crónicas de diario, ha hecho un montón confuso, inorganizado, torpe, inhabil, sin una chispa, sin una emoción, sin un latido que encuentre eco en el corazón ó la inteligencia del lector. No es un fracaso, es una revelación.

No fué *Cyrano* un vólido alto, pero representaba un infantilismo tan delicado, una manera de existir tan soñadora, tan frágil, tan ausente de todas las realidades del mundo, que uno se ve obligado á admirar el arte exquisito con que teje su *ñanduti* para manos de

niños ó decadentes. De los quince á los veinte años, *Cyrano* debe ser un placer. No equivale á ninguno de los maravillosos cuentos de las *Noches árabes*; no tiene su lógica, su trama finísima, igual, que así sirve para bordar pájaros y flores como para sustentar las graves reflexiones del moralista ó del filósofo; pero un héroe inverosímil, invencible, sustraído á las leyes universales, una entidad-deseo, encarnada, engarzada como una piedra preciosa en una joya que no le cede en belleza ni en labor, es, probablemente, una visión encantadora en cierto estado del espíritu.

Comparar los versos de Rostand, sin embargo, con la prosa de Pérez Galdós, no sería sensato. Rostand no tiene en *Cyrano* quizás una belleza que no sea ajena. Lo suyo propio se reconoce por el carácter mórbido, rebuscado, ultra-romántico. Pero todo en él está ligado, articulado, sombreado y como imbuído de la vida extraña, irreal, que dá tonalidad á la obra. *L'Aiglon* es el esfuerzo fracasado de resucitar una figura insignificante, y de ponerla al más alto nivel, por medio de contrastes que la historia política y diplomática admite hasta cierto punto, y aún excusa. Pero es el mismo

ambiente infantil, el mismo salón de juguetes y de bibelots, que en *Cyrano*. Otro estilo, otro lenguaje, otros muebles, otras caras, pero la misma psíquica.

En el teatro, como en la novela, place encontrar el reflejo de los caracteres que conocemos, y verlos combinarse de acuerdo con las leyes de la verdad. Lo inverosímil es fastidioso. No hay libro que pueda compararse, por la vida que respira, á *Manon Lescaut*. ¿Y dónde hallamos caracteres menos rígidos, voluntades más permanentes en su ondulación, en su marea, que los aleja y los acerca á su fisonomía? *Madame Bovary* es una admirable fotografía. Pero el artista supremo, insuperable, resplandeciente, es Shakespeare. Los siglos lo lavan, lo pulen, lo hacen más luminoso, como á Homero. El secreto de estos grandes está en la concepción que tienen de la vida. La han apreciado como un paisaje en que todo está entrelazado, en que nada existe por sí mismo, en que cada cosa es parte de las demás.

Y *Electra* es del sistema contrario. En él no hay nada que seduzca siquiera. El espíritu de su heroína es un contrasentido; psi-



cológicamente, un imposible. Ha querido reeditar *Hamlet*. Pero el prodigioso genio que dibujó esta figura es hoy la admiración de los psicólogos. Antes de conocer la ciencia el modo de trabajar del alma humana, *Hamlet* era una monografía del desequilibrio entre el impulso y la acción. *Electra* sabe y no sabe. Es una cómica cuyo juego no engañaría ni á los niños. Piensa como una heroína de Ibsen, y se conduce como una destornillada. Su escapatoria al cuarto de Máximo es un refinamiento de sabiduría femenina que contrasta con su tímida inocencia anterior; y toda la escena un tejido de inverosimilitudes y de rasgos forzados, que alumbra, aquí y allá, una línea del programa, que podría ser manejada admirablemente por Sardou. Son adornos repujados, que valen muchísimo más que el mueble que los ostenta, y que denuncian una colaboración superior.

El tema necesitaba un hombre de temple, un espíritu audaz, heróico, y ha faltado. *Electra* no tiene sexo; es mitad fraile, mitad ciencia, un absurdo! El claustro en pleno siglo xx, espera un vengador, un Pascal del teatro. Zola no tiene autoridad para tanto. Otro Renan,

sedoso, virgíneo al par que envenenado, serpiente y «amigo de los hombres» á la manera de Mirabeau padre, no sería eficaz en este momento. La civilización clama por un artista poderoso, diamantino, que lleve al teatro este drama que todos tenemos ante los ojos, que todos deseamos ver escrito con fuego, y que será el antecedente de una revolución social que ya tarda.... Hay que esperarlo de la Francia, de la nación luminosa. De allí vendrá.

## VÍCTOR HUGO

---

Víctor Hugo es el poeta de lo inverosímil. Su verso es de gabinete. Sus figuras son símbolos, vaciados en moldes puros de toda inadvertencia, vaguedad ó hesitación. Son el reflejo de altos ideales y de una concepción de la vida fundada en creencias absolutamente opuestas á la realidad. Unas son el crimen, otras la virtud; esta, representa el amor, aquella la felicidad; aquí hallamos la ambición, allá el patriotismo; y cada una se mueve en el marco rígido, invariable y estrecho de la función que le ha sido asignada.

Bastaría que esta afirmación fuera medianamente exacta, para que Victor Hugo no pudiera ser clasificado entre los grandes poe-

tas, malgrado el arte indiscutible con que ha trabajado el armazón, el vestido, los movimientos y el lenguaje de sus figuras. Pero se trata de un tema muy delicado, en que para no parecer caprichoso ó mal dispuesto, es indispensable que nos expliquemos con la mayor sinceridad, pero también con la mayor audacia. Entendemos aquí por audacia el deseo de decir toda la verdad, tal como ella nos aparece ante los ojos, sin la intención de herir susceptibilidades, pero sin temor de provocar comentarios desventajosos para nuestra modestia.

Ensayemos.

Víctor Hugo ha cultivado todos los géneros literarios. Ha sido, ó creído ser, mártir político. Ha vivido en el destierro y ha sido glorificado. Era honesto, dulce, tierno. La fortuna le negó, sin embargo, el único dón que podía haber despertado su espíritu á la poesía: el dolor. No sufrió hasta la raíz, como es indispensable sufrir para ser gran escritor ó gran artista. «¿Quién os dió el dón de la pena?» — pregunta el Rey Skule al bardo

Jatgeir, en uno de los dramas de Ibsen.— El bardo responde: «La mujer que amé». «¿Murió?» «No, me engañó». Este dón del dolor no lo tuvo Víctor Hugo. De ahí que sus lágrimas sean ejercicios de retórica. Cuando Lord Byron se ve obligado á abandonar su mujer-harpía, escribe un adios! á su hija, que es, propiamente, un grito arrancado á las entrañas. Aquellas líneas que principian:

Ada, sole daughter of my house and heart! (1)

remueven, confunden, estremecen. Cuando Alfred de Musset canta la muerte de Lucía, cada estrofa, cada palabra es un gemido. No solamente tocó entonces todos los corazones, sinó que los toca hoy y los tocará siempre. Cuando Shakespeare en *King Lear* desciende hasta el fondo del alma humana, uno se siente sacudido como delante de figuras reales, como si se tratara de cosa propia...

Víctor Hugo es brillante, esbelto, trabaja exquisitamente los detalles, emplea maravillas de estilo para cualquier pasaje, pero no toca. Al fin, desalienta y cansa. Su inverosi-

(1) Ada, sola hija de mi casa y de mi corazón!

militud es sistemática. Sus personajes sufren de catalepsia. Parecen hipnotizados que repiten un lenguaje ajeno á sus capacidades. En *Romeo y Julieta*, el gran bardo inglés hace hablar á cada una de sus figuras como es natural que hablaran. Romeo es ardiente, nuevo, impremeditado; Julieta tiene la ternura desbordante de su pueblo, de su raza y de su época; su nodriza parece viva. En ese prodigio de *Otelo*, el verso lejos de atar al autor, lejos de comprometerlo á decir quintesencias y sutilidades, es como el traje natural á su cuerpo y modo de andar.

Para Victor Hugo el verso es un compromiso de honor. Desde el momento en que resuelve que sus personajes se espidan en verso, cada uno de ellos trata de sobrepasar en bellezas literarias á sus compañeros de cadena. Y como se trata de un hábil versificador, de una memoria bien amueblada y de una imaginación bien rica, el diálogo ó la tirada se convierte en un torneo de derramar perlas y piedras preciosas, en que, á veces, el lacayo despide más fuego que el señor, y los simples comparsas se despachan en diamantes de primer agua, montados como por un

joyero admirable. En raras ocasiones es original, aún en ese trabajo de detalle. Aprovecha de reminiscencias, para repetir suertes literarias como quien distribuye modelos y bocetos de adorno en una pieza de arquitectura; y cuando puede provocar un contraste extraordinario, un Quasimodo frente á una Esmeralda, se entusiasma á tal punto con la viva emoción que á él le produce, que se abandona impetuosamente á la fantasía y se entra en lo absurdo como en su casa, haciendo llover á su alrededor los encuentros y coincidencias maravillosas. Así en *Tisbe*, en *Ruy Blas*, en *Hernani*, en todos sus dramas.

Nosotros encontramos admirables las obras literarias cuando son verosímiles. No hay un cuento en las *Mil y una noches* que no nos parezca una joya. Bunyan, Swift, nos encantan. Poco importa que no sea cierto y que no pueda ser cierto lo que dicen; pero el terreno elegido, convencional, admite las figuras que en él hallamos, y ellas queman su pequeño fuego artificial discretamente, sin chocar con la lógica. Para ser un gran escri-

tor se necesita ser gran psicólogo, y Víctor Hugo ignoraba cuanto podía haberlo ayudado á construir castillos de naipes. No tenía ni la fina y profunda observación de Molière, ni había vibrado hasta romper sus cuerdas como Musset. Era, en una palabra, un espíritu artístico, que no había bebido su propio cáliz hasta las heces. El grande, el excelso, el sublime poeta de la Francia del siglo XIX, es Alfred de Musset. El mismo Théophile Gautier tiene una vena poética realmente más rica, más limpia, más excitante, que Víctor Hugo. En general, parécenos exacta la opinión de que Francia no es la patria de los poetas, sino la de los grandes prosadores.

Ser gran poeta es un prodigio. La India, la Grecia, la Inglaterra, la Alemania, la Italia, los han tenido. Son como lentes que concentran toda la luz dispersa en una civilización. No los pueden producir todos los climas ni todas las épocas. Son flores extraordinarias, rarísimas. El Mahabharata, Homero, Shakespeare, Dante, Goethe, son como océanos. La Persia, Israel, el Islam, tuvieron muchos poe-



tas; pero ninguno de gran talla. Y la opinión universal sobre Víctor Hugo, no es favorable á la pretensión que tanto calentó sus días de gloria, y que lo hizo desaparecer en una apo-teósis olímpica, como si en realidad la Francia hubiera hallado en él uno de aquellos prodigios. Hace cincuenta años sus versos llenaban el oído, como una música armoniosa; hoy son palabras huecas, en su mayor parte.

Es que un gran poeta ha de ser un «despertador y un iluminador», según la admirable expresión de la India Buddística. Y para serlo es preciso tener el espíritu profundo, como Shakespeare, como Goethe. ¡Cuántos siglos se han necesitado para que puedan concentrarse ideas como aquella del Fausto:

Du hörest, von Freud'ist nicht die Rede. (1)

¿Cuánto dolor, cuanta observación acumulada, cuántas ansias han sido necesarias para poder arrancar al poeta de la Biblia, la pro-

(1) Ya lo oyes, de felicidad no se habla.

digiosa metáfora «*el amor, más fuerte que la muerte*»?

Las piedras preciosas que la historia literaria ha recogido como tesoros, sólo proceden de esos rarísimos grandes poetas, que como meteoros aparecen en la humanidad, de tiempo en tiempo. Víctor Hugo ha empleado su vida entera en imitar la altura, en tratar de escalarla; pero no podía. Era más literato que poeta, más artista que bardo. Su abolengo mental principia en Cicerón. El singular «poder de las palabras» de que habla el inimitable Mömmsem, el primer escritor del siglo XIX, ese poder que fué el de Cicerón y ha sido y es el de muchos pretensos hombres de letras, es el verdadero pedestal de Víctor Hugo. La manera de proceder de uno y otro son idénticas. *De Senectute, De Amicitia*, fueron escritas como escribía el autor de *Les Burgraves*. Erudición libresca, buena escuela de escritor, buen gusto, buena crítica, pero nada más. No hay pasión ni en uno ni en otro. Y lo que vale en la poesía es la emoción que ella excita. Tal ha dicho el genio Poe, uno de los más maravillosos espíritus que han aparecido sobre la tierra. En efecto,

odas, poemas, dramas, que no queman, que no encienden, que no estremecen siquiera, no son, propiamente, *poéticos*. Son... palabras.

El hombre vale más en Víctor Hugo, que el poeta. Y en el fondo del homenaje que se le rinde en su primer centenario, está el respeto y la consideración que inspiran la serenidad y la pureza inmaculadas de su vida. Tuvo el coraje de sus opiniones, inclusive el de su ilimitada admiración del prodigio Napoleón. Fué liberal y execró la Iglesia. Su obra más humana fué, quizás, *Les quatre vents de l'esprit*, escrita á los ochenta años. *Les Misérables*, vivirán más que sus dramas, verdaderos abortos del romanticismo.

Debe ser un gran tormento el sentirse atraído por la poesía, y no poder expresar un gran sentimiento verdadero; tener la capacidad de llorar lágrimas inmortales, y no encontrar quien nos envuelva en amor ó en odio, como en una hoguera; querer ser Byron, y llegar á la vejez sin una sola tempestad formidable en el alma, sin haber sido acusado siquiera de incestuosos!... Ese ha sido el tormento de Víctor Hugo.



# TOLSTOÏ

---

La falta de santidad de nuestra existencia procede del poder de las mujeres, y el poder de las mujeres, de la no abstinencia de los hombres; de suerte que la fealdad de la vida es la no abstinencia de los hombres.

TOLSTOÏ, *La cuestión sexual.*

Tolstoï ha tenido y tendrá todavía, durante mucho tiempo, gran influencia sobre el pensamiento de la multitud. Es persuasivo, sincero, elocuente. De la ciencia contemporánea ignora todo ó casi todo. Su criterio está cristalizado en las teorías del Evangelio. Algún defecto de estructura ó alguna herencia mental insuperable, lo han llevado á considerar la vida como una condena, que es preciso cumplir con el deseo de humillarse y de hacerse perdonar del juez. Admirable en la ob-

servación y pintura de caracteres, dialoga fácilmente, destaca las figuras y las hace mover con independencia y naturalidad; pero apenas penetra en su interior y las roza en su trascendentalismo, el sectario se revela en él y aparece tal como lo ha perfilado una larga vida: austero, pero ignorante; rígido, supersticioso, inarticulado, una verdadera momia de las peores intransigencias religiosas. El contraste entre su manera viva y palpitante de reproducir los cuadros de la sociedad que ha tenido á la vista, y la de filosofar sobre la importancia y dirección de los fenómenos que en ellos encuentra, es tan brusco, tan increíble, tan extraordinario, que se necesita mucha experiencia de las ondulaciones de la mente humana, para no rechazarlo como ilógico. Parece, en efecto, inverosímil, que el autor de *La Paix et la Guerre*, libro superior, claro, dulce, bien dibujado y bien orientado, sea el mismo de *La cuestión sexual*, su última obra.

Y aquí, permítasenos que expliquemos lo que entendemos por *escribir bien*. Tolstoï obedece á las leyes generales del pensamiento, cuando

pinta; su modo de llevar al lector á realizar dentro de sí mismo las figuras y los sentimientos que deben producir tales ó cuales impresiones ó emociones, es natural, fácil; y mientras se mantiene en el terreno de la descripción, su trabajo nos parece digno de todo aplauso. Pero el arte de escribir es inseparable de la ciencia. No se puede concebir un escritor superior, que sepa traducir las impresiones propias sin referirlas á un criterio elevado, al criterio de la minoría estudiosa y bien informada de su pueblo y de su época. No hay posibilidad de dibujar siquiera sea una silueta humana, sin que á ese proceso anteceda otro de crítica, de comparación, de comentario. La sonrisa es sonrisa por oposición con otros aspectos del rostro; se asocia con ciertos estados mentales solamente; determina ciertas impresiones especiales en quienes la absorben ó reflejan, y de idea en idea, lógicamente, se llega á un cuadro cuyos elementos se ligan entre sí, se coordinan y se presentan como verosímiles. El escritor, pues, no puede sustraerse á esta correlación de impresiones y comentarios subentendidos, que explican su obra. Cuando desarrolla una acción, se en-

tiende que ella está relacionada con la mentalidad de su público, y no con la mentalidad de la multitud iletrada, sinó con la del escenario superior; porque referirse á creencias absurdas como si fueran científicas, y renovar la ilusión de la verdad para hechos y cosas que ya son mentiras, es frustrar de la intención presupuesta de todo libro, que es enseñar, iluminar, mejorar. Un escritor tiene la obligación de saber lo más que se pueda saber en su época; á menos que sea un simple pintor de paisajes ó de naturaleza muerta, que no pretenda dar más que la impresión que hacen ciertos aspectos del mundo en su retina; así mismo, ni los cronistas pueden ser tales instrumentos insensibles y apersonales. Sería necesario imaginar un aparato de fotografía para realizar ese tipo; el espíritu, precisamente, debe su espontaneidad á la imperfección con que trabaja. Si fuera cronométrico, no habría artistas. Un cerebro así sería como una zona de médula espinal. En realidad, se escribe para atrás ó para adelante. Tolstoï es un escritor para atrás.



Viene de gran familia. Ha heredado riquezas y buenas maneras. Los Tolstoï han sido soldados, diplomáticos, cortesanos. Han nacido con esclavos, con poder y con prestigio. Probablemente, han abusado de todo ello, como grandes señores que eran, y como rusos, habituados á creerse fundamentalmente distribuidos en amos y siervos; veían que el mundo tradicional se había desarrollado, en la Biblia, de modo parecido al de su pueblo, y no tenían escrúpulo en gozar de las prerrogativas que Dios les había acordado. Por un proceso de pendulación visible, toda familia que ha abusado de cualquier cosa, engendra tipos que sienten irresistible repugnancia de seguir haciendo lo mismo. Los alcoholistas producen, después de algunas generaciones, bebedores de agua. Los avaros terminan en hijos pródigos. Los poderosos dan humildes, que se arrepienten de lo que no han hecho, que tiemblan de hacer algo, que parecen querer deshacer apresuradamente lo que hicieron sus antepasados.

Es como si el molde se llenara y tocara el turno al reverso. En la historia, es frecuente ver emperadores y jefes irresistibles, cansarse, destemplarse y llenarse de repugnancia del poder. Están saturados, y la naturaleza cumple en ellos su ley de absorción y radiación. La herencia se produce en una misma dirección hasta cierto punto, después del cual se recorre la curva de vibración en sentido opuesto. Tolstoï es una degeneración envuelta en seda señorial. Ha vivido temblando de vivir. Ha puesto en libertad sus esclavos, ha regalado sus libros, ha renunciado á toda grandeza. El placer le ha parecido un delito, como á los autores del Evangelio. La mujer, serpiente. Sólo por impotencia de la voluntad, — dice — por imperfección mental, puede el hòmbre resignarse al matrimonio. Sin ser sacerdote, crée indispensable la castidad para salvar el alma. En una palabra, en pleno día científico, frente á la exégesis alemana de la Biblia y del Evangelio, ha pretendido resucitar la teoría más triste, la superstición más absurda, el sectarismo más funesto á los objetos naturales de la existencia. Porque la castidad es esterilidad; la penitencia, locura; la salvación del alma

con olvido del cuerpo, la ruina de toda civilización. Y sin embargo, he ahí el espíritu con que ha trabajado este gran intelectual, que ha llenado el mundo con su fama y que desaparece ahora lanzando á las generaciones que lo creen *sábio*, porque es *retórico*, el proyectil más venenoso que puede arrojarse sobre una multitud: un libro de firma reputada, que contiene las sugerencias más enemigas de la vida.

No es excusable en un escritor ser tan prodigiosamente ignorante como Tolstoï. No ha seguido el faro de la ciencia á través del cerebro humano. No sabe geología, ni arqueología, ni física, ni química, ni anatomía, ni fisiología, ni psicología. Cree, porque la Biblia y el Evangelio se lo han asegurado, que el hombre es un producto del espíritu de Dios, lanzado sobre este globo, frente á las mujeres, para huirles y perseguirlas, como hace la Iglesia, que en sus instrucciones para el confesionario, reputa que un monstruo es bestia, si femenino, hombre, si masculino; cree que la vida debe dedicarse á luchar contra la tentación, á encerrarse en la penitencia y la abs-

tención; cree que toda ciencia debe venir de la revelación; que no hay nada nuevo desde Moisés hasta nuestros días . . . . .

No ha seguido las investigaciones de la epigrafía, de la lingüística, por medio de las cuales se ha rehecho la historia del mundo en torno de la Biblia. No sabe que está palmaria-mente demostrado que este libro es un cúmulo de invenciones sacerdotales; que las excavaciones en Egipto, Babilonia, Nínive, Assur, la India, la Persia antiguas, la lectura de sus libros sagrados, de sus medallas, de sus inscripciones en los templos y palacios que cuanto puede servir á la crítica histórica, ha sido sometido á riguroso examen, y que la ciencia de franceses, ingleses y alemanes, con pruebas puestas en los museos al alcance de todos, ha reducido á la categoría de mitos, de leyendas y de cuentos, lo que realmente tenía ese carácter, salvando para la exégesis una historia moral del mundo, coordinada con todos los demás resultados de la ciencia en el ciclo de sus informaciones. Es un sectario, un veneno para el pensamiento, y una ilusión para la multitud.

## TESTAMENTO DE HAECKEL

---

Ha sido Ernesto Haeckel uno de los estudiosos más infatigables del siglo XIX. Al finalizar ese siglo, cerraba, en cierto modo, su carrera científica, publicando *Los Enigmas del Mundo* (1), libro profundo, desigualmente escrito, como él mismo lo confiesa, por componerse de capítulos formados á largos intervalos, pero que contiene una síntesis de su inmensa labor durante cincuenta años empleados en el estudio de la naturaleza y en una meditación continua sobre el verdadero fundamento de sus fenómenos.

Haeckel apareció en el período más crítico de la cultura humana. Mientras los enciclopedistas franceses, apoyándose en compara-

(1) Welträtsel.

ciones histórico-jurídicas y en razonamientos vigorosos, preparaban la expansión del nuevo estado de conciencia en que debía entrar la humanidad después de la Revolución, la Alemania, informe, discontinua, distribuidas sus partes en agrupaciones silenciosas, estaba, sin embargo, cultivando el fermento de la Reforma. Al abrigo de la indiferencia aparente de la nación por el estudio, espíritus, como el de Goethe, se desarrollaban libremente en alas de un empirismo nuevo y audaz, que les permitía cernir el pensamiento á alturas desconocidas hasta entonces. La filosofía clásica, escapada á la destrucción sistemática ordenada por el catolicismo triunfante hasta el siglo xvi, había inspirado la esperanza de penetrar bien á fondo en los secretos de la naturaleza; sus principales documentos relativos á investigaciones exactas, provenientes de Hipócrates, Aristóteles, Galeno, habían ido encendiendo, durante la oscuridad medieval, aquí y allá, fuegos como fátuos, en algún espíritu superior; pero la inquisición había cuidado de apagarlos en sus propias hogueras sagradas.

Después del martirio de Giordano Bruno, Juan Huss, Savonarola, los meteoros Copér-

nico y Galileo habían dejado huellas imborrables entre los estudiosos. Los filósofos, por su parte, al ensayar imposibles coincidencias con las teorías de la Biblia, habían adelantado la concepción científica del mundo, unos, demostrando, sin querer, sus absurdos; otros, construyendo armazones imperfectas, explicaciones provisorias, que ellos creían definitivas, pero cuyas partes sólidas servían de punto de apoyo á los que tanteaban más tarde el mismo camino. Así Leibniz penetra en los campos científicos más abstractos, pero conserva á la teología y á la teodicea un lugar distinguido, tratando de armonizar el cálculo matemático con la revelación. Así Newton, después de descubrir la ley de la gravitación, termina por sentar hipótesis metafísicas sobre las profecías de Daniel y los sueños de San Juan. Así Kant debuta con «la crítica de la razón pura», ante la cual le parecen inadmisibles las *tres potencias del misticismo* — Dios, la libertad y la inmortalidad—y se destempla con la crítica de la «razón práctica», que indica como indispensable un postulado sobrenatural. Y muchos otros... que no consiguen ver claro en las tinieblas producidas por diez y siete siglos de

abandono del estudio, y de cultivo de una grosera superstición. Todos, sin embargo, han señalado la verdad lejana.

El siglo XIX se abre con Cuvier, Lavoisier, Laplace, Lamarck, que condensan la herencia de miles de trabajadores, aportando materiales para una historia natural del mundo. Lamarck ve antes que Darwin la línea de la descendencia humana; pero Darwin la robustece y la completa con su teoría de la selección natural y de la supervivencia del más apto. Este prodigioso esfuerzo se viene elaborando desde que Harvey determina el proceso de la circulación sanguínea, y que Haller impulsa poderosamente la fisiología, coronándose en Müller, creador de la fisiología comparada. La corriente de inducción se aumenta inmensamente con descubrimientos sucesivos, de geología, paleontología, histología, anatomía comparada, historia natural, embriología y embriogenia; el químico interroga el mundo inorgánico y se establece la teoría de la *constancia de la materia*; el físico afirma *la constancia de la fuerza*, y de esta colosal investigación, en que la vida, el éter y los astros acuerdan á la ciencia una respuesta coincidente con el concepto de la



*unidad* de los fenómenos que podemos apreciar con nuestros sentidos, nace la actual filosofía, cuya orientación es absolutamente opuesta á la teoría trascendental de las religiones.

Dos sabios siguen abriendo picadas detrás del hacha vigorosa de Darwin: Huxley en Inglaterra, Haeckel en Alemania. Desde entonces ambos amplían por trabajos propios é investigaciones empíricas de altísimo valor, la teoría que informa la obra universal de Spencer; pero Haeckel es un espíritu filosófico, generalizador, militante, que no se contenta con saber, sinó que de cada principio saca sus consecuencias lógicas hasta llegar á la presión por la reforma de las instituciones que rigen el mundo social. La obra de Huxley es inmensa; naturalista, escritor, conferenciante, educador del pueblo; pero ella es menos profunda y su temperamento menos tenaz que el de Haeckel. Su *Historia Natural de la Creación* es un monumento colosal de inducción, y una rara prueba de audacia en el razonamiento. Embriólogo, psicólogo, escritor, su alma nos aparece como un planeta de primera magnitud en el cielo de la inteligencia. Su concepción de los *Enigmas del Mundo* es atrevida, ló-

gica, serena. Ni una impaciencia, ni una desesperación todavía..... Porque la historia de la mente humana es tan dolorosa como la de todas las grandezas de la tierra.

La sed, en efecto, no se estanca aprendiendo, ni amando, ni padeciendo, ni gozando. La sed que impulsa al estudioso, es incalculablemente más terrible que la que atormenta al ignorante. El único ser que, probablemente, sufre mortificación continua en nuestro mundo, es el hombre de talento. Las organizaciones inferiores no tienen necesidades psíquicas, por lo menos, de las que no se satisfacen con nada de lo que el mundo puede proporcionar. El esfuerzo que indica el talento es tan excepcional, que es frecuente el caso de principiar en sediento y terminar en simple estudioso. Kant, en la vejez, se trasforma. La soberbia energía de su juventud da lugar á una decadencia casi fulminante. La máquina marcha aún durante muchos años; pero no es la misma; no hace ya el mismo trabajo. Es otra personalidad. Wirchow, creador de la *Patología celular*, se arrepiente de haber sido audaz, de haber visto

y de haber comunicado lo que veía; Wundt, cuya *Psicología Fisiológica* está en todas las manos, hace algunos años ha declarado que esa obra fué una *falta*; que la razón no puede explicar el espíritu.

Haeckel se explica con sencillez ese fenómeno. Es el agotamiento, el cansancio, la decadencia. Wirchow había escrito en 1856, á la cabeza de un trabajo sobre «Las tendencias á la unidad en la medicina científica»: «Estoy convencido de que jamás me veré necesitado de negar el principio de la unidad de la naturaleza humana y sus consecuencias». Veintiocho años después cambiaba completamente de opinión y caía en la teleología, es decir, en el dualismo que separa la materia del espíritu. Estamos ligados aún, demasiado estrechamente, al mito de la antropolatría para que no sintamos desfallecer nuestras fuerzas á menudo. Ciertas organizaciones resisten más que otras, por ejemplo Karl Vogt, Büchner, Spencer. Pero si la desorganización que debe terminar con sus vidas es de aquellas que producen una dilatada anemia cerebral, las probabilidades de un retorno á la personalidad ancestral, al tipo mental que se ha formado durante diez

y ocho siglos de insistencia en la superstición, son, naturalmente, muy grandes.

Haeckel aprovecha la ocasión para observar que ese hecho lamentable para el prestigio de la filosofía entre el público, es una de las mejores pruebas de que la personalidad humana, que la teoría espiritualista supone inmanente y eterna, está sujeta á todas las consecuencias de la materia en general, puesto que en la vejez, desorganizándose la masa cerebral, se produce el cambio de un espíritu por otro, cada vez más degradado, hasta que desaparece del todo. ¿Quién sabe si al mismo autor de los *Enigmas del Mundo* está reservado un fin parecido al de Wirchow y Wundt? De antemano estaría ahí su protesta consignada en la forma mesurada que corresponde á la convicción. Si hay algo que desvanezca la soberbia aun en el hombre de talento, es el conocimiento de la verdad. Pero ese deshielo en que se funden las esperanzas de inmortalidad, tiene una resonancia dolorosa en el espíritu del sabio. En efecto, no solo no ha ganado nada para sí mismo averiguando las probabilidades trascendentales del hombre, sinó que cuando llega á la conclusión, está casi destruido por la re-

gresión orgánica. Las generaciones que le suceden alzan sobre sus hombros entusiastas el equívoco legado, y lo llevan siempre más arriba, aumentándose así la suma de dolor incurable que hay en la humanidad.

Saber es sufrir, no hay duda.

Pero el ejercicio del pensamiento aminora el dolor; la conciencia de la fuerza embriaga; y se sigue y se sigue, penetrando cada vez más adentro en el problema siempre insoluble. Wundt había llegado á formular de un modo bien claro, bien lógico, el razonamiento que representa el pasaje del alma inorgánica al alma orgánica, bosquejado por Haeckel en sus *Almas celulares*. Cientos de otros trabajos sugieren la misma explicación. El pensamiento moderno se atreve á ensayarse en esas alturas vertiginosas, con relativa serenidad. Uno de los capítulos de *Enigmas del Mundo* se titula: «Embriología del alma».

Haeckel se despide del mundo indicando con indomable fortaleza las consecuencias que

arrastra para la Religión y para el Estado, para la legislación y la sociedad, la perspectiva monista de la filosofía reinante. Por eso llamamos á este libro el «Testamento de Haeckel».

«Nuestra cultura moderna—dice—resultado de los progresos inmensos de la ciencia, reivindica sus derechos en todos los dominios de la vida pública y privada; ella quiere ver á la humanidad, gracias á la *razón*, llegar á ese alto grado de ciencia, y en seguida, á la aproximación de la felicidad de que somos deudores al gran desarrollo de las ciencias naturales. Pero contra ella se levantan, todopoderosos, esos partidos influyentes que quieren mantener nuestra cultura intelectual, en lo que concierne á los problemas más importantes, en el estado representado por la Edad Media y que ha sido dejado tan atrás; esos partidos se obstinan en permanecer bajo el yugo de los *dogmas* tradicionales y exigen á la razón que se curve delante de «esa revelación más alta». Es lo que sucede en el mundo de los teólogos, de los filólogos, de los sociólogos y de los juristas. Sus móviles reposan en gran parte, no sobre un completo egoismo ó sobre tendencias interesadas, sino tanto sobre

la ignorancia de los hechos reales cuanto sobre el hábito cómodo de la tradición. De las tres grandes enemigas de la razón y de la ciencia, la más peligrosa no es la perversidad, sino la ignorancia, y acaso mucho más, la pereza».

Si este libro-bólido pudiera ser entendido por el público en general; si pudiera convertirse, por ejemplo, en artículos de diarios populares, instantáneamente cambiaría la faz política, económica y social del mundo. Los tribunales serían radicalmente transformados, de manera que realizaran una función depuradora de los elementos antisociales. La caridad oficial desaparecería para ser reemplazada por una protección eficaz de las mujeres que llegan á ser madres sin casarse, ó que, casadas, son las esclavas de maridos brutales ó corrompidos; de los hijos sacrílegos, incestuosos y adulterinos, prohibidos de tener padre y madre; de los niños, sacrificados á millares en las escuelas, para que no estorben en sus casas y lleguen á doctores proficuos á los veinte años; de los criminales orgánicos, que serían eliminados inexorablemente, para que

no padecieran de su terrible enfermedad y no perjudicaran á los sanos; por la abolición de todas las consideraciones míticas y supersticiosas que impiden hoy á la legislación ser lo que la razón enseña. No habría iglesias, ni culto, ni desesperaciones por no poder salvarse de una condenación absurda. No habría riquezas excesivas ni miserias extraordinarias. El egoísmo se combinaría con el altruismo para formar sociedades humanas que aceptaran serenamente la vida, y cuyo objeto sería gozar del espectáculo y de los bienes de la naturaleza durante el mayor tiempo y con el menor dolor posibles.

Sueños!... si, *Insomnia Jovis!* Pero estos sueños actuales serán probablemente la realidad del porvenir. ¿Cómo no considerar con melancolía el hecho de que la ciencia deba tardar tanto en dominar el mundo?

---



## CYRANO DE BERGERAC

---

Sobre los nervios fatigados del pueblo francés, no causaban ya impresión ni los febriles estímulos que hicieron de los últimos días de Bizancio, la historia culminante de la sensualidad. La Inglaterra se refugiaba en el análisis íntimo, en la pintura de las secretas excentricidades del espíritu, surgidas de la continencia ó del desborde de las pasiones amorosas; la Alemania evocaba los sueños de las pasadas edades, mostrando cómo habían cultivado el placer los hombres fuertes y simples que no sabían poner careta á sus instintos.

Doquiera se dirigía la mirada, la saciedad salía al encuentro del alma. Carducci constituía con Gabriele D'Annunzio las dos oscila-

ciones máximas del péndulo poético italiano; y allí, como en el resto del mundo, el tumulto de las primeras vagas impresiones disgustaba por su bárbaro desdén, tanto como la sabia disciplina de las generaciones en decadencia, repugnaba por su desvanecimiento en suspiros y sollozos artificiales.

Apenas nacido, el hombre del viejo mundo veía reflejarse la imagen sucesiva de su destino, en el espejo de los desfallecimientos que el placer recorría como etapas inevitables. Si mísero, le correspondía el vicio infecto, la pocilga, la prostituta patentada, la sífilis, la inclemencia, el frío, la cárcel, el hospital. Si rico, el teatro de lujo, el alcohol de uva, la mujer refinada, el ruido de un día, la neurastenia, el fastidio, la impotencia, el olvido. Ni amor ni odio; en lugar de las pasiones personales, las pasiones colectivas, la ambición, la especulación, la gloria, la mujer-legión. Así, era inmenso y horrible el tedio de los jóvenes, rencorosa y displicente la desaparición de los viejos.

En esa escena de lubricidad y de cansancio por una parte, y de pudicicia equívoca por otra, apareció Zola, el mónstruo, la bestia, la maza. En lugar de la titilación bizantina, se ofreció al alma, jamás satisfecha, la perspectiva del masaje por brazo hercúleo, del amor ginnasta, del cálculo comercial, de la remoción poderosa del músculo, de la brusquedad, de la flagelación. Era lo que necesitaba aquella impotencia de Paris, que se sintió de pronto inyectada de energía como un héroe del marqués de Sade por una vigorosa aplicación de látigo. En el burdel ó el boudoir, los nervios franceses se estremecieron, salieron del letargo á que los condenaba su sistema de gozar sin intervalos de disonancia; y el artista, la mujer, el hombre del vulgo, la multitud que cultivaba las diversas voluptuosidades inferiores, se encantaron de poderse dedicar al análisis repugnante de sus vilezas.

El sujeto de Zola sintió placer en reconocerse, en tantearse sus vicios, sus deformidades,

sus imperfecciones, no con la mano humanitaria de Cabanis, ni con la epidermis hiperestésica del abate Prévost, ni con el bisturí de Flaubert, sinó con la garra innoble de un cerdo. Hundió en la carne enferma, en el espíritu desorganizado y escéptico de su siglo, el hocico humeante y ansioso de escándalo, y no lo retiró de ambos sinó cuando, á su turno, se fatigó también de aquella excursión por la inmundicia social.

Fué un estudio para la patología moral y nerviosa, realizado por la obsesión, lúcida é irresistible, de un talento que no hubiera retrocedido ante ningún obstáculo *pour percer*. Acaso había en aquella obsesión la acumulación de energía que deriva de la enfermedad; y acaso, descargado el organismo, durante el acceso, solo se restableció el equilibrio después de satisfecha la necesidad. Pero la infección se comunicó, se propagó y la peste llegó á contar hasta sacerdotes de buena fé entre sus víctimas.

Hoy la saciedad ha determinado una reacción; la saturación toca el extremo de la curva de su oscilación, y vuelve hacia el extremo opuesto. De ahí *Cyrano*.

*Cyrano* es el *Nene Pulgar* de la dramática contemporánea. Es una heroicidad tallada en pleno ensueño, una inverosimilitud poética servida en copa de champagne. Seduce la vista, como la espuma, pero solo durante el momento que tarda en desvanecerse. El horror de la materia ha producido en él la exasperación del ideal. Es el infantil placer de figurar cosas imposibles, que<sup>a</sup> corresponde al agotamiento nervioso. El exponente físico de *Cyrano* es el vago despertar de una terrible enfermedad, ese estado de deliciosa somnolencia, en que no nos resistimos á creer en las apariencias más equívocas. Es un sueño de banquete hecho por un convalesciente.

Las pasiones cronométricas de Víctor Hugo, arregladas para ajustar unas en otras como piezas de máquina, han sido dejadas atrás por *Cyrano*. Las escenas menos verosímiles son, sin embargo, las que han agradado más al público de París; y eso nos muestra que su éxito depende únicamente del íntimo acorde.

que ha habido entre el espíritu del autor y el del público, de esa común disposición á entretener el primer momento vago de la reacción, con un cuento para niños.

*A midsummer night's dream* es el modelo del género que podríamos llamar imaginativo; pero qué modelo! Cada aleteo, cada vuelo, cada coloquio, cada acción, es un símbolo, es la imagen, al rojo blanco, de la realidad. Aun en las esferas desconocidas del ideal, Shakespeare conserva á sus figuras el parecido con las del mundo que habitamos. El lenguaje, la metáfora, la florescencia de invernáculo, no deforman la única naturaleza que conocemos y con la cual es forzoso que asociemos hasta las impresiones más hiperbólicas.

Ibsen, que hace psicología mórbida en algunos de sus dramas, sigue un hilo admirable que le permite salir de los laberintos de delicadísima sugestión en que se aventura. Conoce el proceso cerebral, y sus audacias no le hacen perder el centro de gravedad. Aparentemente místico, ó iluminado, ó trascendental, el misterio de sus frases sobrenaturales, se resuelve en el cálculo de probabilidades en que se basa la ciencia del espíritu.

Pero el autor de *Cyrano* pierde el equilibrio desde los primeros pasos en que ha abrazado á su Quimera. *Cyrano* adquiere, bajo esa presión irreal, contornos delirantes. Su nariz, grande y fiera, según la historia, se transforma en apéndice de carnaval. Su poder como espadachín toma las proporciones de la infalibilidad. Su figura se infla rápidamente hasta el prodigio. La atmósfera desaparece, toda resistencia queda anulada, y en esa progresión llegamos al vértigo.

Desde entonces, las figuras que se mueven á su alrededor, son simples burbujas ante un astro. Sus acciones inverosímiles se orientan en el sentido que puede halagar más al convalesciente que debe presenciarlas embelesado; el mayor de los poetas, el amante más etéreo, la espada más temible, son calidades que no aplastan á este héroe maravilloso. Sólo, frente á los terribles edictos del cardenal Richelieu contra los nobles demasiado coléricos, desafía y hace retirar todo el público de un

teatro, y entre ellos al mismo Ministro todopoderoso; luego, se bate haciendo una balada tan heteróclita que, en épocas ordinarias, costaría una hora á cualquier rimador de palabras sin ideas. De ahí parte para derrotar á unos cien hombres, de los cuales mata todos los que no tuvieron tiempo de escapar.

Esta pequeña hazaña es el resultado de una esperanza de amor, en lo que nuestro héroe se parece á todos los caballeros andantes.

Su manera de matar gente es la misma de nuestro Juan Moreira. Los parisienses que aplauden *Cyrano* se encantarían con esa otra ficción.

Pero *Cyrano* es un engendro de boudoir; no encuentra ni jueces de paz, ni comisarios, ni enemigos que puedan con él. Ama, y, naturalmente, su amor es tan extraordinario como el resto. En pleno reinado de Ninon de Lençlos, su ideal es una preciosa, que se enamora del más bello de los cadetes de Gascuña, y toma, sin violencia, de confidente, al terrible matamoros que la codicia. Este, malgrado su temperamento y su exaltación, acepta el equívoco sacrificio de ser el *alma* de aquella be-



lleza puramente física. Y aquí, ambos, movidos por los resortes invisibles de la lógica de los sueños débiles, entran en combinaciones verdaderamente seductoras. De dos hacen uno, de uno hacen dos, y la doncella no sospecha absolutamente nada, ni quiere ni pide nada; es una muñeca mecánica que ha aprendido bien su papel de preparar la gloria del incomparable *Cyrano*.

¡Qué paseo el de Roxana, en el siglo xvii, por los campos abandonados ó en poder de la soldadesca, en coche, forrado de provisiones, de pavos trufados y botellas de champagne! Es copia de aquel otro viaje maravilloso de Salambó, pero siquiera á esta, en la tienda de Mathos, le rompen la cadena de oro que ritmaba sus pasos.... Roxana es más férica, más infalible. Nadie la detiene, ningún tropiezo llega á tiempo, ajusta hermeticamente con las otras piezas de que hace juego. Le cuentan las cosas más inverosímiles y á pesar de su perspicacia femenina, se desmaya en medio de la más indispensable inocencia. Aquí cabe otra vez el valor encantado de *Cyrano*, para el cual no hay vulgares necesidades; sin comer más que un volumen de versos, se bate contra un

ejército, y como hacerlo vencedor sería demasiado fuerte hasta para el autor de este cuento de hadas, en el momento psicológico cae pudicamente el telón.

Después, hasta la muerte, que el autor se ve obligado á producir por medio de una piedra que le arrojan de traición á la cabeza, no hay un movimiento de este drama que no sea de los que ejecutan los cuerpos al caer; es un precipitarse de unas en otras acciones imposibles. Si el convalesciente para el cual parece haber sido escrito, se mejora durante la lectura, no lo termina.

Pero.... ¡qué versos, algunos!

Pero.... qué sutil, delicada, irresistible poesía hay en todo este sueño descabellado! Si por un momento siquiera abandonamos la actitud vigilante del crítico, nos encontramos seducidos. Bien es cierto que lo mejor que tiene es del auténtico *Cyrano* de Bergérac, sacado de sus cartas, de sus aventuras reales, de sus desfallecimientos y exaltaciones. Su figura atrae como una copa de vino capitoso. Em-

briaga, arrastra. De cuando en cuando el alma se place en abandonar su rigidez militante, y en dejarse llevar de la corriente impetuosa que empuja al soplo eterno de la Quimera; y en esos momentos de laxitud ó de reposo, es natural que pongan fiebre en el ánimo los insensatos desafíos al destino humano!...

Bellos, sin duda, los rasgos de algunas figuras de este juguete teatral. Esas bravatas tradicionales en el gascón, hacen estremecer, *quand même*, las fibras quijotescas ó heroicas que todos tenemos, más ó menos, tendidas.

De Guise se jacta de haber escapado, por una estratagema, á los españoles.

L'adresse á réussi, cependant!

CYRANO

C'est possible,  
Mais on n'abdique l'honneur d'être une cible!

Y la escena de la muerte, broche de inverosimilitudes y de contradicciones, tiene versos admirables. Aquel héroe que termina batiéndose contra la Mentira, las Preocupaciones,

las Cobardías, en alto la terrible espada convulsa por la agonía, mientras grita:

Mais on ne se bat pas dans l'espoir du succès!

será siempre uno de esos peligrosos, seductores fantasmas, que se infiltran en el alma, malgrado todas las resistencias que les opone el buen sentido y el sentimiento de la necesidad de luchar contra los abusos de la vida.

---

## MEMÓRIAS DE BISMARCK

---

Desde las *Mémoires du Comte de Gramont*, por su amigo íntimo y cuñado, Hamilton, hay un cierto derecho á llamar *Memorias* los recuerdos de algún personaje, trasmitidos directamente por quien pudo recogerlos. Así, estas *Memorias* de Bismarck, no son de su puño y letra, como las de Saint-Simon, las de Talleyrand, las de Metternich. Son de uno de sus secretarios, que tuvo la idea de fotografiar algunas de sus actitudes desde poco antes de la guerra prusiana, y que nos presenta la palabra del gran canciller, tomada del natural, en muchos momentos de su vida pública, que han llegado á tener inmenso interés histórico.

Y bien! esta exhumación confirma al Bismarck que conocemos por la literatura perio-

distica y de propaganda. Inciden las líneas de su fisonomía sobre las que ya formaban, más ó menos, su imagen en el público. Producen la impresión de la verdad, no la ilusión de la verdad, no la ilusión del arte. El *pequeño* Busch no ha teatralizado su sujeto. No podría haberlo hecho tampoco. Bismarck, aún muerto, fascina á su secretario. Ni tiene temperamento para resistirle, ni lo desea. Es un hipnotizado del genio de su antiguo jefe. Podemos, sobre su fidelidad, estar tranquilos. Es tan profunda la visión que lo llena, que ni vanidad le produce el haber estado tanto tiempo en contacto con el grande hombre, que hoy, como antes, concentra los rayos de la curiosidad política y literaria del mundo.

Nos falta, naturalmente, la sensación de la garra, el estremecimiento de los cuerpos que ella tocaba, el color y el sonido de la voz, aquello que en Talleyrand seduce y en Metternich hace desconfiar. Ha sido tan creyente en la otra vida, ó tan ocupado, que no ha estampado su huella en el libro, abandonando el cuidado de su gloria al culto de la casualidad ó de la verdad.

Pero era grande, fulmíneo, este hombre! Des-

de los primeros síntomas de la guerra conoce lo que vá á suceder, espera los acontecimientos, uno detrás de otro, los provoca cuando tardan en aparecer, los retarda cuando quieren avanzar antes de tiempo, se apura lentamente, metodiza su fiebre, analiza su impaciencia, murmura en alta voz de quien desea que lo resista, pasa su cabellera de electrizado por el patriotismo sobre la faz augusta de su propio rey, desafia el poder de las mujeres reales que lo gobiernan, estimula la cólera del *Kronprinz*, libra batalla contra sus generales, rie, charla, come mejor que el soberano, resplandece, domina, arrastra.

Cuando se produce el choque diplomático sobre Estrasburgo, «no hace la guerra, porque no era el momento». La Baviera, el Wurtemberg, la Sajonia, estaban dispersos, no tenían calzado, no eran poder militar. Pero la guerra tenía que venir, y siembra en la diplomacia europea las plantas que deben nacer, para él, á hora fija. Intriga en Inglaterra, estimula la codicia en Bélgica, atemoriza la España, finge no creer en el poder de la Rusia para detener á Inglaterra, viaja, circunda, se abandona para que lo traicionen, se reserva para intranqui-

lizar, inyecta de voluntad el ánimo de Guillermo de Prusia, prepara en todas partes la catástrofe próxima, y se atreve, como un iluminado, á todas las audacias. El telegrama del rey prusiano á Napoleón III, después del discurso provocativo de Gramont, era el síntoma de una depresión nerviosa. Era la vacilación al borde del abismo. Era el temblor de la fibra muscular en el momento del salto.

Como jinete maravilloso, Bismarck salta sobre el telegrama, lo oprime, lo envuelve, lo espolea y lo lanza, bajo su responsabilidad. Decía lo mismo que el del rey de Prusia, pero lo decía á la manera de los leones; y la guerra estalla. Qué tablero! El huracan toma más ó menos desprevenidos, á todos, menos á Moltke, su brazo, la palanca máxima que va á lanzar 400.000 hombres sobre la Francia, animados por un impulso profético.

Bismarck aparece entonces de cuerpo entero. Silba el «halalí» nacional, que corresponde, en la cacería del ciervo, al momento en que la res está circundada. Ese silbido le basta para entenderse con Moltke. Es un lenguaje único, entre cazadores. La pieza ha sido levantada, algún entusiasta la proclama ya vencida; Bis-



marck contiene esa petulancia con el refrán, «no se debe contar con la piel del oso, etc. . . .» Es que este Nemrod no tiene nervios ni de poeta, ni de mujer, ni de artista. Es un Mahoma sin epilepsia. No cree en el éxito sinó después de muerto su adversario.

¡Y qué movilidad de tigre civilizado, qué inexorable matemático! «Hay que poner absolutamente fuera de combate á todo enemigo del cual no puede hacerse un amigo». Todo Bismarck está ahí; su aparente crueldad es el desarrollo de la fuerza incontrastable que representaba. La Alemania necesita pasar, agrandarse, vivir tranquila; pasaremos sin piedad, «porque en política no debe haber piedad».

Desde la altura de aquel génio los hombres parecen muñecos, cuando más, piezas de ajedrez.

No revela ensimismamientos científicos, ideales de fraternidad, ternuras excéntricas á la órbita de sus intereses. Es la visión clara, neta, precisa de las necesidades alemanas y los obstáculos franceses. No lo sorprenderá una guerra; vive preparado para los golpes de mano, resuelto á saltar sobre su caballo y á defenderse con su revólver. Tiene confianza completa en la fuerza. Pueden recibir un con-

traste, pero seguramente tomarán á París, y se quedarán con la Alsacia y con Metz. A un profeta se le habría preguntado ¿cómo? y no habría sabido responder sinó con el resplandor de su instinto. El os hubiera llevado á sus registros de estado mayor, á su lista de provisiones, de acantonamientos, de armas, de sanidad, á sus mapas y planos de estrategia, y os habría demostrado que la victoria estaba calculada matematicamente.

Y debajo de aquella coraza germánica, de aquella flema, de aquella impenetrabilidad al desaliento, había un corazón bueno, sincero, honesto y sin petulancia. No desconoce las brillantes calidades del soldado francés, pero el político de Francia, el sistema de gobierno, las debilidades y sonoridades poéticas y oratorias del pueblo sobre el cual hunde sus garras, las tiene á la vista, las palpa, las maneja, juega con ellas.

No es un libro, es un retrato, menos que un retrato, algunos rasgos de la fisonomía del creador de la Alemania contemporánea; pero inolvidables, como que renuevan el recuerdo de uno de los más grandes y nobles felinos de la selva humana.

## LA CIUDAD INDIANA

---

Este libro es útil. Es útil porque revela la persistencia, en el ánimo público, de la crítica científica de los códigos nacionales, cuya estructura está en pugna con las necesidades á que ellos pretenden responder. Es útil como un anuncio del espíritu nuevo que anima nuestra legislación, y al cual será preciso abrir paso para que nuestra civilización no se sofoque. Nos indica que el esfuerzo está próximo, que la modificación se acerca. Las leyes, antes de incorporarse á los códigos, son esperanzas ó convicciones. Mistificados por la pretenciosa ignorancia de nuestros sábios revolucionarios, hemos aceptado moldes para la vida pública y privada, en los que no cabe la salud de un gran pueblo, virgen pero bravo.

Han asumido sobre nosotros la patria potestad, y nos han condenado á ser menores perpétuos. La protesta está ahora en casi todas las conciencias ilustradas, y de esa protesta, este libro es una voz.

El autor es catedrático y juez de derecho, lo que es un inconveniente para pensar ó para escribir en libertad. Es joven y no tiene el arte de Ernesto Renan para decir todo á los conocedores, sin decir demasiado al vulgo. Está aún en formación. Ha de modificar él también su filosofía actual, que ni es clara ni modesta. Su frase «la soberanía popular, el dogma más anticientífico, más ridículo y funesto que haya inventado la presunción filosófica» es petulante sin ser audaz. Estas son viejas novedades que los hombres repiten á una cierta edad y en un cierto nivel de conocimientos. Son frutos de la vida de gabinete. Las ideas, además de ser estudiadas, necesitan ser vividas para completarse. Los dogmas son reflejos inconscientes del pensamiento colectivo; surgen de la naturaleza social, y no es posible modificarlos con negaciones, desprecios ó li-

gerezas. El escritor prepara el material de las leyes; sus razonamientos son síntesis del derecho, cuya fuente viva es esa misma multitud que el autor considera con tanto desabrimiento.

Este volumen no es, pues, sinó una esperanza. Sus recopilaciones de hoy servirán de base á la teoría que el autor debe desarrollar en el segundo tomo. Por ahora se trata de apuntes de un curso, destinado fatalmente á robustecer los mismos errores que el escritor desearía combatir, pero que el profesor está obligado á enseñar. Nuestra generación, perezosa para estudiar los orígenes de la moral argentina, está mal preparada para escuchar las demostraciones del infantilismo de sus primitivos filósofos y codificadores. Velez Sarsfield, que construye un código á su antojo, representativo de la intolerancia de su época y enemigo de todas las tolerancias futuras, se dá la mano con Moreno, Echeverría y Alberdi, entusiastas y continuadores de los tipos asimétricos de la Revolución Francesa, cuya obra mórbida ha encontrado jueces de patología moral en Henri Taine y Lombroso.

Asimilar la fisonomía de los pequeños ídolos que reverencia nuestra incoherente legislación, á las demás figuras enfermizas de la historia mental de nuestro siglo; reivindicar en seguida, para las instituciones, la verdad que tenemos en el alma, arrojando del templo del derecho argentino á los enanos que ahora cierran sus puertas á la vida, esa es la tarea que se impone á los escritores como el Dr. García. Y esperamos aplaudirlo pronto en esa lucha.

---

## MAGNASCO, ORADOR

La oratoria no podría cristalizarse en una forma definitiva. Ni Isócrates, ni Gorgias, ni Ciceron, ni Pitt, ni Mirabeau, ni Chateaubriand, ni Berryer, serían hoy aplaudidos con el ardor que sus arengas provocaron. Ha cambiado el medio; los espíritus son menos sugestibles; la palabra cae en un ambiente de resistencia y de crítica inexorable; la mímica, lejos de encontrar imitadores inconscientes, como en las antiguas muchedumbres, halla conciencias que no se dejan seducir por el *quasi sermo corporis* de la escuela clásica, y el discurso, en lugar de dirigirse á ilusionar y arrastrar, tiene que componerse de informaciones exactas y de razonamientos superiores.

En síntesis, la elocuencia, como la poesía, han abandonado su antigua teatralidad. El pensamiento tiende á reemplazar el simple sonido, y la emoción natural y propia de cada escena es el recurso de que ha de valerse la elocuencia para abrillantar el concepto.

Magnasco es elocuente, pero á la manera de los clásicos. Hará una impresión tanto más profunda cuanto más *sugestible* sea su auditorio. Y la *sugestibilidad* aumenta en razón de la estrechez del campo de la conciencia. En una reunión de espíritus jóvenes, y los hay en todas las edades, conseguirá aplausos sinceros, y batirá á cualquier adversario que le oponga razones superiores, pero de un modo sencillo y modesto. En cuestiones de sentimiento, de sensibilidad, producirá siempre impresiones intensas, que arrebatarán el sufragio, si no se les da tiempo para desaparecer. Una ley de fisiología, destina, sin embargo, las rápidas impresiones á desvanecerse rápidamente. Temible adversario, el que así sabe mover el sistema nervioso del auditorio. Preferiríamos tener que



luchar contra un tenaz, que contra un sensibilizador. Magnasco pertenece al número de los que envuelven, adormecen y encantan, para producir el estado de alma que necesitan. Su propio peligro consiste en embriagarse con el mismo vino de que llena las copas de sus invitados.

Elocuencia del género hipnótico, tiene el inconveniente de no poder repetirse ni prolongarse sobre los mismos sujetos, porque á medida que se cae en la fascinación, se aprende á desafiarse.

La preparación general de los diputados actuales representa un medio poco propicio para este género de elocuencia. Los parlamentos no son homogéneos; sus diversos elementos constituyen un cerebro muy activo, de conciencia extendida, que reacciona contra las ilusiones pasajeras que las palabras tienden á crear. Ante ellos, ni Lekain, ni Talma, ni Garrick, emplearían sus escuelas con éxito prolongado. Hoy es preciso ser Sarah y Coquelin, es decir, la mayor fidelidad en la pintura de

los movimientos internos, y el pensamiento más sobrio, más vívido y más exacto. Hombres que asisten al teatro contemporáneo, y que se nutren de la médula literaria positiva de los grandes maestros actuales, no pueden aplaudir en un congreso ó una conferencia, lo que Mömmsen llama «el poder de las palabras».

La mímica vivirá eternamente, porque es el sublenguaje del pensamiento. Pero cuanto más motriz sea la imagen que la palabra traduzca, menos pertenecerá al razonamiento. Los hombres que hablan por medio de movimientos, son los de cerebro menos complejo, los más sugestibles, los que menos tenacidad tendrán en sus propias convicciones.

Magnasco tiene una teatralidad complicada, sábia, fruto del cálculo y de la observación. Conoce al público en general, y sabe cómo se le mueve. De ahí ese *tremolo* continuo de su voz, esa expresión de profunda concentración, con que obtiene el fijar la atención dispersa y el transmitir á gran parte de su auditorio el estado mental que se requiere para convencerlo ó seducirlo. Todo el que escucha imita inconscientemente parte de la mímica

del que habla, y suscita en sí mismo, por la coordinación de esa mímica con cada grupo de ideas, una corriente simpática al pensamiento que se le quiere imprimir.

He ahí el secreto de los oradores de esta escuela.

---



## HISTORIAS

---

Los colores todos de la naturaleza, prisma-  
dos por una fantasía que los degrada hasta  
la sombra y los exalta hasta la fulguración,  
haciéndolos pasar por las combinaciones más  
extraordinarias, más pérsicas, más indianas,  
más haschich, más..... faltan palabras! Se  
necesitaría ser él, para poderlas evocar, para  
sugerir siquiera su imagen pasajera en la ima-  
ginación del lector.

¿Que no ha habido nunca escritores argen-  
tinos desde la época en que florecieron los  
primitivos? ha dicho Cané. Pero ponga en con-  
tacto su retina con este arcoiris de la mon-  
taña riojana, y ya veremos si no queda ab-

sorto, deslumbrado, ansioso de entrar de nuevo en el campo encantado de tales sueños.

No es propiamente un artista. Le falta y le sobra mucho para dibujar con la sencillez del profesional que economiza líneas para llegar más pronto al cerebro ó al corazón. Es más que un artista, es un poeta! Y qué poeta! Charcot lo clasificaría entre los *visuales*, es decir, entre los espíritus que viven principalmente del color, de la luz, de la imagen policrómica. Pero es también un *auditivo*; tiene el oído de los pájaros, de las serpientes y quizás el de las hojas. No hay roce de la selva que no perciba. Esa orquesta impalpable de las ramas, de las alas, de los tallos que se mueven, de las hojas que se hinchan ó se ahilan, que vibran ante la caricia del sol ó deperecen con el frío, todos los estremecimientos invisibles de la soledad y del silencio, el lenguaje de la naturaleza que conversa consigo misma por medio de sus infinitos pobladores, que la vista humana no descubre, están en el alma de este poeta y lo espolean y lo inspiran para que vuele y cante la montaña y la selva.

Vive dos vidas, tiene dos sueños que se coordinan, dos hiperestесias, dos órganos que

iluminan su palabra y mueven su pensamiento con las reverberaciones de un estado que el vulgo solo podría alcanzar en la fiebre ó el delirio. Es la encantada selva del teatro indico. Calidassa solamente habla como él. Son imágenes que desesperan al que desea reproducirlas ó recordarlas. El *Señor del Agua* es una resurrección milagrosa del antiguo modo de sentir y de pensar de la humanidad que desde el pié del Himalaya se extendió hasta la Persia. El Zend-Avesta tiene de esos sonidos. Pentaur tiene de esos colores. Su modo de mirar el horizonte del alma recuerda el Koran. Hay en todo él «ese polvo aterciopelado de las flores» que el amante indico, en Calidassa, desea para los pies de su esposa mística.

*Merci!* Bajo la blancura de la nieve riojana, un volcan en delirio de sonidos y de colores, que derrama sobre la atmósfera argentina la luz de un *Señor de las aguas*, que, como el autor, vive en silencio una vida de ensueños esplendorosos, perturbados apenas por las vulgares necesidades de la humanidad vegetativa que sube ó baja la montaña de su destino.

Joaquin González es un caso de poesía obje-

tivada, de la más alta y de la más sublime canción de la naturaleza invisible. Delicado, verdadero encaje, blanda que no se atreve á tocar la realidad, solo admite la admiración más entusiasta y el más sincero orgullo de que sea nuestro compatriota.



## EL DOCTOR PERA

---

Recién hemos recibido el discurso pronunciado en la Cámara de Diputados de Santa Fé por el ex-padre Pera, fundando un proyecto de libertad de imprenta. ¡Qué diferencia entre el orador sagrado y el orador liberal! Lo conocemos ahora bajo sus dos aspectos principales; en ambos revela talento, y, sobre todo, el talento de la elocuencia. Estaba en el primer molde, comprimido, inquieto; poderosas corrientes nerviosas á orientación opuesta, estremecían la sólida musculatura de su estilo; el concepto con que explicaba las paradojas sacerdotales era pagano, sin embargo; pagano por la amplitud, por la frescura, por el calor; se veía bien que hundía sus manos de escultor en la masá con que preparaba las

líneas y los relieves; un psicólogo encontraría en la encarnación y plasticidad de su palabra, la huella del contacto con las bellezas reales de la vida. La fogosidad con que corría por los campos abstractos de la teología, y el modo con que palpaba las figuras exangües de la historia religiosa, su impaciencia ante los vacíos y los silencios que en vano le mandaba no ver la secta en que se había disciplinado, todo indicaba que su alma se plegaba indócil y soberbia bajo el freno. No era el histerismo, provocado por la continencia, lo que proteizaba su estilo y le daba cambiantes de hermafrodita; era la salud, la fuerza, la verdad, la libertad, que pugnaban por salir al sol y mostrarse lozanas y vigorosas sobre el terreno á que estaban destinadas.

Y ahora, respirando á pleno pulmón, tendiendo sus músculos como cuerdas que el arco solicita, en actitudes correctas, á plomo sobre sus pilares clásicos, iluminado por un soplo de romanticismo, se bate como bueno, cuerpo á cuerpo, con los enemigos de su ideal, hombre de verdad, fundador de un hogar, la frente alta, la mirada limpia, la palabra altiva y sonora. Tiene la claridad del arroyo que ha co-

rrido largo tiempo entre peñas, y que ha ido dejando en cada desigualdad de su lecho el fango que lo ofendía. . . Su frase revela dolores, cansancios y melancolías; pero apenas timbran esos sentimientos propios de un gran esfuerzo, la robusta sonoridad de su espíritu que abre completamente las alas y vuela tan alto como puede, recibiendo en su pupila de águila los rayos cercanos del sol. Pera es un *revenant*; pero acaso su resurrección le sirva para tener mayor impulso del que tienen los que no han viajado á través de ninguna dolorosa Quimera.

---



## JOSÉ S. ALVAREZ

---

He aquí un ilustre bohemio, un indiscutible talento literario, exclusivamente *argentino*. Al frente de *Caras y Caretas*, no olvida su idiosincracia, que lo acerca á Joaquín V. González en el amor de la naturaleza, y en la pintura inimitable de la vida íntima de las cosas y de los tipos que escapan á la atención del vulgo.

González es la sensibilidad exaltada por el silencio de la montaña riojana; Alvarez es la bohemia de los arroyos y de las cuchillas entrerrianas. Aquél es la conciencia de la soledad, éste la aventura, la cacería, la charla sentenciosa y animada de los largos momentos pasados á la espera de los pájaros maliciosos y raros. Su *Viaje al país de los matreros* es una re-

velación de calidades de observación y de pintura, acaso no sospechadas por su mismo autor. Los mejores narradores de aventuras interesantes en bosques ó regiones inexploradas por el sabio y el artista, encontrarían en aquel ensayo la retina especializada por la memoria de innumerables antepasados, que le legaron la capacidad de percibir detalles mínimos que le revelan relaciones insospechadas, sobre las cuales su espíritu ágil edifica en el acto un plan completo de asalto y de conquista. Admirable, encantador libro, que se desearía no ver terminado nunca, como uno de esos sueños agradables sin violencia, en que descansa el alma, á veces, como en un paisaje dilatado y suave.

La capacidad de sentir y de pintar así su naturaleza, la de su provincia, la del terruño en que pasaron sus tiempos más felices, es otro de los rasgos que lo acercan á González, confinándolo, como á éste, en una especialidad tanto más intensa cuanto más limitada.

Hay, sin embargo, en sus *Croquis fueguinos*, esfuerzos de pura imaginación, la poderosa mano del artista que obliga á su paleta á prestarse á un capricho. Para el público euro-

peo este solo libro bastaría á crear una reputación y una fortuna. Se ve bien que el autor podría representarse con la mayor facilidad las regiones más remotas y las escenas más interesantes, y que podría ocupar á una casa editora como un Julio Verne ó un Gustave Aymard. Infinitamente superior á este último, por el arte del escritor y por la conciencia de su información exacta, tiene el movimiento más vivo, más natural, que Mayne Reid, igualándose por el encanto de la narración á los mejores modelos del género. Jules Gérard le lleva, naturalmente, la ventaja de haber visto lo que describe; pero si en lugar de los *Croquis fueguinos*, la lucha se estableciera sobre su propio y conocido campo de los juncales entrerrianos, Alvarez saldría vencedor. Es cuestión de organización. Es tan parlero, tan malicioso, tan perspicaz, tan agudo, como sus pájaros más admirables, pájaros á los cuales él les inventa ó les descubre personalidades curiosísimas, hábitos que denuncian siglos de existencia en contacto con la astucia humana, y que adquieren bajo su pluma de mago un valor psicológico incalculable.

Alvarez encuentra un drama en el modo que tiene cada pájaro de usar el pico, de hacer la corte, de anidar, de cazar, de combatir. Es un traductor del lenguaje de todas las cosas y los seres que habitan los lugares en que pasó su infancia; y sin quererlo, quizás sin sospecharlo, nos cuenta la historia del mundo físico y moral de esa región, con una frescura y un dibujo, una inteligencia y una filosofía, que lo revelan panteísta é inmortal. Porque si en tantos siglos como tiene este planeta su historia ha quedado grabada en el espíritu de los pájaros, de los juncos, de las aguas, de los placeres y de los dolores de esas entidades invisibles, que entramos á conocer por intermedio de su palabra, es forzoso que nada desaparezca y que cada molécula, cada átomo conserve la memoria de las sensaciones que ha experimentado.

No es esto un estudio; detengámonos ante el pico de montaña á que ya sentimos deseos de elevar el vuelo. Es un boceto, que arrancamos de nuestro espíritu, sin otra pretensión que la de consagrar breves apuntes, esperanzados de poder completarlos algún día... si



es que llega el día en que los escritores argentinos, al menos los exquisitos como este, encuentren editores y fortuna, para seguir prolongando su influencia artística sobre las generaciones venideras.

---



## CARLOS F. MELO

---

Sin recomendaciones, sin dedicatorias melosas, sin ningún elemento escénico, pero como uno de esos bellísimos huérfanos de ojos azules y largos cabellos dorados, peinados por el acaso en rizos que ningún sabio peluquero podría imitar; así, sólo, modesto y sin embargo espléndido en su gracia adolescente, ha llegado hasta nuestra mesa un puñado de versos magníficos encabezados por un título horrible. . . . *Neurastenia!*

Fué quizás esa portada tan histérica la que movió nuestra curiosidad. Perversamente nos hundimos en su lectura, llevados por ese prurito, que asalta muchas veces, de estimularse la cólera con cualquier cosa. Debían ser estupendas las trivialidades encerradas en aquel marco. . . Versos, es decir, aspiraciones poéticas, derramadas en una vasija de anfi-

teatro! ¿*Neurastenia*? Sería probablemente alguna descripción en verso de la terrible enfermedad, antigua como el mundo, á la cual los modernos han inventado el nombre. Pero á medida que leíamos, el título se nos olvidaba. No se trataba propiamente de un poema, ¡hay tanta graciosa juventud en su construcción! Pero, la cabeza de niño que aquellos rizos desordenados iluminaban, era una cabeza de poeta! Un alma sensible, vibrante, elocuente que deja brotar sus lágrimas y lanza al aire sus quejidos de corazón nuevo, sino cuparse de lo que otros han dicho antes, sin pensar en que su canto melancólico imita el de tantos otros pájaros, inocentes y bellos, que pueblan incessantemente la selva del dolor y de los amores.

¿De donde surgen estas notas cristalinas y puras, estos renuevos del eterno árbol, estos encantadores balbuceos de la pasión antigua y siempre vírgen que enciende todas las lámparas de la fantasía? Su héroe, probablemente él mismo, es de Entre Ríos, del riente jardín cuyas bellezas lo hacen palpitar de placer en medio de sus quejas. Su historia es igual á las otras; pero, con qué frescura se encanta su palabra! con qué viril dolor brota su llanto!

Se adivina á esta joven alma, trémula como un ala en plena tormenta; se vé sus rubores, sus virginidades, sus deliciosas emociones nuevas; sus martirios de adolescente, dulcísimas ansias, renuevan en nosotros las auras de otras épocas ya pasadas, reviven las hermosas figuras del viejo santuario en que nuestras ilusiones desaparecieron, en que nuestro labio ardiente fué rechazado por el agua que no se quiso dejar beber.

No sabemos quién es, pero seguramente es nuestro compatriota, y es un joven. El nombre que el libro ostenta es Carlos F. Melo. ¿Cómo ha podido escapar á la vulgaridad que nos oprime, al convencionalismo, á la imitación que mata nuestra admirable espontaneidad nativa?

Son las flores de las provincias que nos visitan así y que rompen con sus vistosos é ingenuos colores la monotonía de nuestros jardines ingleses.

Es un poeta más para nuestra tierra, una lira que gime tímidamente á las caricias de los primeros vientos!

Salud!



## RECUERDOS DE LA TIERRA

---

Hémos aquí en presencia de un libro que nos deja perplejos. Muchísimas bellezas y muchísimos defectos; pero qué retina ávida de colores, qué espontánea simpatía por la belleza, qué sentimiento de nativa hermandad con las fuentes puras de la naturaleza! Qué pintor de caballos y de carreras! El autor de este libro tiene alma de gaucho.

El gaucho argentino, para nosotros, es un diamante, así por su dureza como por su profunda, prismática limpidez. No refleja la luz, como un alma simple; la refracta como un alma de héroe. Su sagacidad, su instantánea, agudísima perspicacia, revela la profundidad de la fuente de que surge. Su calma en la hora de las tempestades, su serenidad en la

hora de las desesperaciones, su inextinguible sed de independencia, hacen de él uno de los tipos cardinales de la especie humana. Es como esos árboles que nadie ha visto nacer, que se renuevan como los otros, todos los años, pero que parecen haber nacido con la selva misma donde son gigantes. Poema vivo, siente más que piensa. Es el sentido, no la sensación. Es la poesía misma, no su expresión.

De ahí la perplejidad en que nos deja *Recuerdos de la Tierra*. Hay un conflicto entre sus impresiones y su lenguaje. Lucha en la obra, por surgir y brillar y estallar á la luz clara del día, toda la belleza que el alma del escritor exquisita y pristina, recoge del mundo que la circunda; pero que el estilo aun imperfecto del joven literato no logra traducir, y ahoga en algunos casos.

*Recuerdos de la Tierra* resulta así, bello á pesar del autor. Hay imágenes en su retina, que salen, sin embargo, triunfantes y gloriosas. Esas figuras de muchachas risueñas que ceban mate, ó preparan la comida en los ranchos de fiesta ó que bailan al compás de las guitarras, conservan su espléndido color nativo, su vigoroso dibujo y el ritmo apasionado



de su sangre. Esos caballos criollos escapan de cuerpo entero con sus nobles líneas del cuadro del pintor. Los vemos ante nosotros con ese relieve que los grandes pintores solamente saben hacer brotar en la tela, y que Ossian consigue, con palabras abruptas y vivas, para sus dos únicas yeguas. Shakespeare, todo sensación, no ha podido animar caballos. En el orden natural, solo los rusos, los húngaros ó los argentinos podrán hacerlo. Y ese es un talento rarísimo, al que tal vez no ha dado importancia Martiniano Leguizamón; es una gema, un don, que él mismo no se conoce. La carrera entre el bayo y el záino de «La minga», es de mano maestra. Hace latir el corazón de cualquier argentino. Nosotros la encontramos admirable.

El mérito de este libro está también en la pintura de los campos, en los cañadones, en los arroyos de la tierra, de las aves y las plantas silvestres. Nos ha hecho el efecto de la realidad. Allí están los colores de nuestra naturaleza admirablemente copiados. Es que en todos esos pasages modestos, el escritor se ha abandonado á reflejar sus recuerdos, y la impresión ha resultado perfecta.

¡Cuánto habría ganado el libro de Leguizamón si en lugar de presentarse aunque modestamente en algunos cuadros, hubiera borrado el yo—odioso é inhábil—y se hubiera limitado á pintar las cosas que vió, explotando la magnífica frescura de su paleta!

Terminaremos, porque no es un juicio el que emitimos. Es solo una impresión. Sintetizándola, decimos que este libro es una interesante colección de cuadros argentinos cuyos sujetos son espléndidos, pero que han sido tratados sin unidad de tono y de dibujo, pero con una grande emoción de la belleza de los paisajes nativos.

El artista, que es joven y tiene talento, puede producir mucho bueno en adelante cuando se entregue sinceramente á su pincel. Lo que desordena un tanto los hermosos cuadros de *Recuerdos de la Tierra*, es el conflicto entre el lenguaje sencillo, natural, pero inmensamente pictórico, que conoce á fondo el autor, y el lenguaje importado. El día que Leguizamón escuche su nativa inspiración, tendremos un gran pintor de costumbres nacionales.

## MONTARAZ

---

Leguizamón será, si quiere, uno de los primeros escritores entrerrianos. De propósito señalamos su cuna. Aquella provincia argentina en que él nació, parece destinada á producir los mayores talentos literarios. Todos los hijos que le conocemos, tienen perfil audaz, gracia espontánea, el gusto nativo del color, de la emoción, de la belleza, de la poesía. Magnasco, Melo, Alvarez, Leguizamón, Hernández, Carbó, son rasgos de esa fisonomía vivaz, elocuente, tierna ó borrascosa, pero siempre admirable, de la naturaleza variada y espléndida en que han visto la luz primera y han desarrollado sus facultades, ricas en energía y en savia.

En *Recuerdos de la tierra* ya estaba el poeta sobre el recado de su caballo favorito, gozándose en la contemplación de las cuchillas y de los arroyos, de las plantas y de los pájaros, de las mujeres y de la poesía nativas. Pero no estaba el escritor. En *Montaraz* hay mucho más dibujo, más igualdad en los hilos de la trama, más disciplina en la distribución del color, un mayor acercamiento al ideal que entonces le señalamos, que consistía en escucharse á si mismo y exteriorizarse tal como se sentía representado en las imágenes de su riquísimo espíritu, de ese espíritu colorista, sensible y poético que luchaba por imponerse á las personalidades extrañas y discordantes con que su educación lo había casi obscurecido. Pero su esfuerzo, grande y noble como ha sido, no es todavía completo.

Sabemos que él nos conoce sinceros. Sabemos que nuestra crítica tiene por objeto aumentar el impulso de este enamorado de la belleza literaria, que busca empeñosamente el traducir la emoción de que se siente lleno. No hablamos á nombre de la verdad suprema, ni porque nos creamos infalibles en materia artística, sinó á título de antiguos cultores de

las obras maestras, que ante los intereses estéticos, deponemos toda consideración personal y reflejamos nuestras impresiones con la mayor claridad posible.

*Montaraz*, con ser más correcto que *Recuerdos de la tierra*, nos gusta menos. Hay más frescura en los defectos del último, que en la trabazón reglamentaria del primero. Ambos son libros de poeta. No acierta el autor á presentar sus admirables figuras y escenas con la naturalidad que las haría otras tantas obras de arte. Las quiere *demasiado*, y las adorna. Pero ellas son tan deliciosas, que el mínimo festón ultramarino las afea y deshace el encanto que en su purísima desnudez habrían producido.

Leguizamón es el primer pintor de caballos que tenemos. Los trabaja con el amor de un gaucho poeta, y de un anatómico completo. Nadie lo iguala en el dibujo de los potros, de los redomones ó de los caballos mansos. Los conoce como á los dedos de sus manos. No se le escapa uno solo de sus movimientos ni actitudes de observación, de atención, de incertidumbre, de vacilación, de coraje, de heroísmo. Tiene, en esa sola facultad, una

fuerza inagotable de emociones para el lector argentino ó extranjero que cultive la poesía de la acción. Sus gauchos jóvenes y viejos, sus mujeres adolescentes, son admirables, son retratos, son reproducciones, viven, hablan, se corporizan ante nuestros ojos. Los pájaros y las plantas de su tierra le han merecido mayor cariño en *Montaraz*, que en los *Recuerdos*. El cielo, las nubes, el sol, la luz, la lluvia, encuentran en su retina un espejo que ilusiona al que escucha las palabras con que sabe pintarlos y figurarlos, sobre todo cuando se fatiga de imponerles el molde literario que ha adoptado.

Pero, aunque *Recuerdos de la tierra* se compone de cuadros, lejanamente relacionados entre sí, cada uno de esos cuadros, privado de los adornos académicos con que él los perjudica, son verdaderos placeres para nosotros. *Montaraz*, ensayo de drama histórico pasional, no tiene, sin embargo, de valioso más que las figuras; algunas de ellas son admirables. Pero las que ha trabajado más, como la de su héroe, son menos bellas que las que ha dejado pasar á su lado, casi sin estudio, como la del negro de las Achiras. Parece que

el destino de este escritor es derramar belleza y emoción cuando relaja su esfuerzo en adornarlas.

Le diremos, además, con la sinceridad que es nuestro único título á la atención de los estudiosos, que hemos hallado en su prosa, sobre todo al principio del libro, huellas del lenguaje patológico de los simbolistas, especie de fulguraciones pasajeras de esa epilepsia larvada de la literatura contemporánea, cuya presencia indica una catástrofe próxima. Y somos admiradores tan decididos y entusiastas de la salud, principalmente en materia artística, como que ella es la realización de un ideal, que nos causa la impresión más penosa descubrir en un talento joven y vigoroso, los síntomas de aquella debilidad. ¡Pero qué temor podemos abrigar de que el robusto escenario de Entre Ríos sea propicio á tan profunda decadencia!

Bastará al autor bañarse en aquella atmósfera de verdad y de sol, en aquel aire puro y nuevo, para volver á la superficie con la energía y la elegancia que le son naturales.

Siga trabajando, y no se desaliente por lo árduo de la tarea. Reflexione que hoy, frente á la ciencia que todo lo invade y explica, es

inmensamente difícil escribir un párrafo que satisfaga á la alta crítica. Así, el triunfo no puede ser el resultado de un mediocre esfuerzo. Tiene el autor de *Montaraz* todas las calidades, y el amor de su arte. Lo único que le falta es olvidarse de su educación literaria, hasta convertirse en el diáfano cristal que necesitan sus emociones. Aleje de sí esa pompa artificial del estilo académico, esas guirnaldas de frases preciosas, flores de gabinete que no agita ningún estremecimiento de vida; busque la *armonía de la tonalidad*, abandónese á la corriente suave y ligera de los dos temas exquisitos que lo hacen palpar, inspírese en la manera propia del escenario especial en que ellos se desarrollan, y llegará á ser el intérprete fiel de su inmortal espíritu. La belleza literaria debe resultar de la naturalidad del lenguaje, de la facilidad con que las palabras permitan moverse á las figuras, de la verdad con que ella presente á los personajes y sus emociones. Hay que ensayar, y volver al yunque, y volver á ensayar, como Apeles, hasta que los pájaros corran á picar las uvas pintadas en la tela.



## LA EPOPEYA FRANCESA

---

La Francia ha hecho esfuerzos inauditos para levantarse. Ha curado sus heridas, olvidado sus desagradados últimos, analizado bravamente su desastre, señalado los errores, las imperfecciones, los delitos, los delirios que sufriera; y con la inmensa emoción de la derrota que quiere convertirse en revancha, se ha puesto á la tarea de no perder su puesto de primera fila en la historia de la civilización.

¡Grande, generoso pueblo! Sus millones de obreros han respirado durante años la venganza; la preparación militar ha marchado de frente con el trabajo; pero la lucha es terrible, y el heroísmo francés necesita templarse incesantemente en un pensamiento que esté á

la altura de su rival afortunado. ¡Qué rival, la Alemania! Joven, entusiasta de su fuerza, convencida de su poder superior, con inmensos elementos nerviosos en su raza, que han vivido contrariados y oprimidos durante siglos, como partículas de metal en fusión que no encuentran camino, unificada por un imperialismo poderoso, prestigiada por el triunfo, rica con el despojo de su enemigo, resuelta á ser la primera nación del mundo, y con cerebro y voluntad bastantes para conseguirlo! . . . Después de la guerra para matarse á cañonazos, la guerra para matarse de hambre; tal ha sido y es el problema.

Sus mercancías han desalojado á Francia en todas las riberas, la han combatido en sus propias colonias, le han arrebatado gran parte de la clientela en Suiza, Bélgica, Holanda; el número de sus naves de comercio ha aumentado en todas partes, mientras el de Francia ha disminuído; sus puertos han ganado movimiento, mientras los de Francia han perdido; la población francesa será pronto la mitad de la de su rival; su estrechez es tal, que ya tiene que apelar á un remedio desconocido en la historia de su libertad: el impuesto al obrero

extranjero. Todo es fácil para la fuerza alemana; sus hijos se introducen en las más lejanas y en las más próximas plazas de comercio, á favor de una elasticidad maravillosa que nadie les conocía. Estudian los gustos, las preocupaciones, los intereses de cada rincón de tierra habitada, se plegan á ellos, hacen crédito, se deslizan, se difunden, acaparan el oro del mundo, y adquieren para la madre patria una preponderancia inmensa. Nada los detiene, se les encuentra en el Africa Austral, en el Africa Occidental, en la India, en el Japón, en China, batiendo á todas las naciones á baratura de artículos de toda clase, aprendiendo rápidamente á imitar la maquinaria inglesa, los tejidos franceses, la quincajería holandesa, multiplicándose, transformándose activa y tenazmente en el más formidable competidor en la guerra económica.

No es mucho que haya batido á la Francia, cuando á la misma Inglaterra la tiene herida y alarmada, presa de una ansiedad que no puede ya disimular; y que la obliga á buscar nuevas puertas á su exceso de producción, aún á trueque de irritar la sensibilidad de su siglo con guerras crueles. Alemania es el

gran poder histórico que se levanta en nuestro siglo, mayor que el de Estados Unidos, porque su intelectualidad es inmensamente superior.

Francia, mientras tanto, no se entrega. Su alma heroica se agiganta en la desgracia. Tiene un elemento en sí misma, que es incalculable en la lucha. Sangrando de las heridas que se hace con su propio filo—Boulanger, Deyfrus, el patrioterismo, la inestabilidad de los ideales económicos y políticos, el culto del refinamiento, que la lleva á no reproducirse en la proporción natural—exaltada, inconstante, pero flexible y audaz, ella prosigue la lucha, confiada en el inagotable espíritu de su raza. Se estudia, se analiza, se critica, se corrige, no pierde confianza por los errores ni por los dolores, observa á los adversarios, y se hace respetar en los grandes escenarios del imperialismo. Tiene menos capacidad comercial que Alemania, la Inglaterra ó Norte América; se ata más que la primera á sus propias concepciones de la belleza industrial; es menos tenaz que la segunda, menos sobria, menos econó-

mica, y tiene menos audacia que la tercera. Su sensibilidad artística no la permite ser tan buena cazadora de ganancias como sus rivales. Tiene la cabeza ardiente, se entusiasma pronto, y no está dotada de la paciencia de araña que se necesita para hacer fortuna con el pequeño comercio. Frente á enemigos de esa índole, no será nunca la primera potencia comercial. Su grandeza es de otra clase, de la clase mental, de la clase que al fin dará los mayores triunfadores al mundo. No cuida bien de sus músculos, no se desarrolla uniformemente, pero su cerebro es una llama. No es la raza más poética, pero si la que escribe mejor, la que clarifica más las ideas, la indispensable intermediaria entre el abrupto y febril cavar del pensador, y el paso metódico de la bestia de labor. Los otros pueblos nos muestran cumbres de gloria, sin caminos que conduzcan á ellas; la Francia ilumina con una sonrisa de escepticismo señorial todas las concepciones absolutas; las somete a su examen, más intuitivo que científico, más vivido que estudiado, y la humanidad la cree y la sigue, y es al cabo ella la que orienta los sentimientos. Ahora bien, no se vive de pensar sinó de

sentir. El pensamiento es el impulso, el proyecto, la espontaneidad, es lo que deseáramos ser; la sensibilidad es, sin embargo, casi todo el hombre.

Hacer creer á una nación entera lo que es necesario que crea para cumplir superiormente sus destinos; ser el intérprete de las aspiraciones de la raza; condensar en una sola palabra las de millones de hombres, que acaso no se decían las justas, las precisas, las más hermosas; hacer de los dolores y de las esperanzas de un pueblo una Biblia que todos acepten y veneren; alzar sobre todas las cabezas y hacer palpitar en todos los corazones la imagen sublime de la patria, de la única patria posible en medio del combate, esa ha sido y será la tarea sagrada de los grandes escritores.

Cada época tiene de estos sacerdotes, de estos poetas que encarnan la visión de la victoria, de la perfección y del placer. Cuando un siglo es de mirajes cambiantes, de perspectivas engañosas, de creencias poliformes, el canto pasa con el poeta, y sus vibraciones se pierden en la memoria de la raza como los acordes se desvanecen en el aire.

Un hilo prodigioso liga, sin embargo, de edad en edad, esas perlas de ensueño, y cada poeta que viene despierta los ecos de la música que duerme en la nación, rejuveneciendo en sus miembros las fibras de la lucha. Ese hilo es la verdad. De ahí la vida de la epopeya, que se mantiene á través y á pesar de las ficciones con que el artista sirvió sus ideales de creador. La emoción que palpita en esas imágenes, retrotrae la vida al pasado fabuloso, legendario ó heroico; y el hombre, puesto así en comunión con sus antepasados, reconoce su solidaridad y siente avivarse en su sér las aspiraciones de que es un fatal representante.

Así pasan ante los ojos, movidos por la mano mágica de los grandes escritores, los pensamientos y las acciones de nuestros mayores, sus imperfecciones que nos aflijen, sus heroismos que nos exaltan, la historia renovada de la nación á que pertenecemos, las figuras familiares, el hogar, la intimidad, la emoción irresistible que nos llevó al triunfo ó la derrota. ¡Qué lecciones! ¡qué saludables exámenes de conciencia! Ningún pueblo puede ser grande sin esos espíritus que iluminan como un faro todos los ámbitos del espíritu

nacional, y que confortan, precisamente porque lloran las desgracias comunes y enseñan tenazmente el camino de la reparación. La epopeya es la voz de la sensibilidad, la gran voz que despierta la acción, el verdadero punto de atracción de las opiniones con respecto á los problemas fundamentales del pueblo. Una derrota seguida de silencio, de humillación, de desaliento, es la muerte. Pero si la sigue un inmenso movimiento en las almas superiores, el arco de la raza se tenderá de nuevo, y otra vez brotarán ejércitos del suelo devastado, y brazos que labren la tierra ensangrentada, y yunques y martillos, y mercancías y barcos y oro y esperanzas, vida en fin!

Un gran libro es obra prodigiosa. Un gran libro que pueda y deba ser leído por todos los hombres, de todos los climas y de todas las ciencias, porque contenga la pintura exacta, y, sin embargo, alentadora de la vida; porque inspire la bondad, y sin embargo, la firmeza; porque levante los ideales de todos los siglos, como el amor de la paz honrosa, y la maldición de la guerra infame, haciéndolos vibrar



con talento á los ojos del humilde é inculto jornalero, así como del egoísta, del refinado, del escéptico y del bien intencionado, es el mayor regalo que el genio literario puede hacer á la civilización.

Paul et Victor Margueritte han hecho ese prodigio. Estos dos hermanos fundidos en un solo espíritu para cantar los dolores y levantar las esperanzas de la patria, ¡qué admirable, qué sublime figura! De esa unión, que es un símbolo, ha nacido una fuerza incalculable. ¿Quién podría imaginar el efecto que tiene sobre el alma humana en estos momentos, el esfuerzo gigantesco de Tolstoï, *La guerre et la paix*; el de Zola, *La Débâcle*; el de Rostand, *Ensueño infantil*, engendrado por el mismo deseo de retemplar los nervios de la raza; el de los Margueritte, que es el edificio completo, la obra definitiva de la literatura romancesca de la guerra francoprusiana?

Hay, en estos dos volúmenes, un aliento tan puro, tan varonil, tan en armonía con las aspiraciones superiores de nuestro siglo, que la Francia, cuyo espíritu representan, sentirá renovarse á su respecto, la simpatía calurosa del mundo. Sí, es un gran pueblo el que ha

podido padecer tan gigantescos, tan indecibles dolores, y levantarse, sin embargo, á continuar su marcha á la cabeza de la Europa liberal; el que ha podido ser engañado, traicionado, olvidado por quienes debían salvarlo, y que, recogiendo sus carnes desgarradas, les ha infundido el mismo espíritu de antes, el espíritu de Jemmapes, de Arcole, de Jena, para aplicarlo, no ya más á las aventuras militares, sinó al trabajo, á la reparación, á la obra universal de la cultura humana!

¡Qué escritores estos que nos presentan *Le Désastre* y les *Tronçons du glaive!* Finos, elegantes, sensibles, breves, elocuentes, pintores eximios, tiernos, viriles, que saben hacer llenar los ojos de lágrimas ó llamear de indignación las pupilas, ellos representan el genio del romance histórico, que es el francés, *et par droit de naissance et par droit de conquête.*

Libros como estos deben ser leídos, estudiados, reflexionados, en países como el nuestro. Ellos constituyen la más valiosa educación; son más que las palabras, pronto olvidadas, que sacamos de nuestra educación oficial, después de doce ó quince años de ridículas comedias. Estos libros son la vida, son expe-

riencia, son lecciones. Moldeada en figuras irreprochables para el arte, contienen la historia escrupulosa de la mayor guerra que ha visto nuestra época, de la que más enseñanza ha contenido para nuestra conciencia y nuestra historia. Es obra genial.

---



## FISIOLOGÍA DEL ESPÍRITU

---

He aquí un libro útil, indispensable para los hombres estudiosos que no han entrado todavía en la evolución de las nuevas ideas. Porque se puede ser muy ilustrado, pero en materias que no interesan ó que retardan el progreso de la misma persona ilustrada. Tener un conocimiento profundo de la Biblia, por ejemplo, ¿á qué conduce? ¿A dónde lleva? Haberse introducido bien adentro de la historia popular del espiritismo, y creer en las mesas que se mueven y en los espíritus que hablan, es también una ilustración, pero ¿qué beneficio produce?

La humanidad ha estado pegando en la herradura durante muchos siglos. Unos hombres miraban dentro de sí, y decían: «Veo á

Dios, y él me manda esto y aquello». Otros decían: «Siento el espíritu del mal, que me aconseja esto y aquello». Otros eran impulsados á extravagancias que la superstición general clasificaba de milagros. Había fenómenos inexplicables en las personas, inmoluciones contrarias al sentimiento natural del amor por la vida, abnegaciones, renuncia de placeres, perspectivas siniestras, ó sueños de bienaventuranza, que todos creían provocados por agentes externos al individuo.

Estas creencias, opiniones y temores, se reflejan todavía en los códigos religiosos y de derecho. Las concepciones generales evidencian aún los antiguos errores, de que hemos ido saliendo poco á poco, gracias á otra clase de hombres, á los que observaban y estudiaban serenamente la vida. Estos, como hilos de agua, se han acumulado ya en arroyos caudalosos y constituyen ahora una corriente incontrastable. En su medio transparente está el hombre, más ó menos como es en realidad, diverso y variable, pero centro de todo lo que cree. El alma ha llegado á ser una visión próxima del funcionamiento cerebral. Todavía no podemos someterla al análisis en plena

actividad; pero ya podemos analizarla y pensarla en sus procedimientos, mientras por sus productos reconocemos sus elementos constitutivos.

Una cosa parece ya resuelta; es que no hay alma sin cerebro; y por consiguiente, se puede tomar al uno por el otro. Y así entramos en la concepción de lo indispensable, que es conocer el cerebro, su modo de trabajar, su modo de enfermarse, su modo de ajustar y de no ajustar con el ambiente.

El estudio de sus elementos se completa por el estudio de sus funciones, así bajo el aspecto físico que bajo su aspecto psíquico. *La Fisiología del Espíritu* no es, pues, un título pretencioso. El espíritu es todavía una incógnita, pero ya no es una quimera. Muchos de sus secretos nos pertenecen. Miles de hechos nos sirven de hilo seguro para llegar hasta su naturaleza—su esencia física, ponderable, química—que es la única calidad suya que podemos conocer, como en todos los demás fenómenos del Universo.

Federico Paulhan no es un escritor. Hay muy pocos escritores entre los hombres de ciencia. Claude Bernard, Spencer, son excep-

ciones. Taine, que no era un profesional, ha inmortalizado, por su arte insuperable de escribir, una parte del tema que estudia Paulhan en el libro traducido por Moreira. Pero la *Fisiología del espíritu*, traducida á nuestra lengua, por ese incansable trabajador á que debemos tanta buena prosa y tantos buenos libros *clarificados* por su temperamento de escritor, es más interesante así que en francés. Lo entenderán mejor los que tienen poca preparación en el tema; y los que la tienen, no perderán nada con apreciar á Paulhan en un medio más transparente que el suyo propio.

Léalo, pues, el jurista, el médico, el ingeniero, el literato. Léalo, sobre todo, el religioso que sea sincero, que no se haya petrificado todavía; su admiración por las supercherías de la Iglesia será mucho menor, pero en cambio crecerá su admiración por la naturaleza, esta potencia cuya historia y esencia nos es desconocida, y á la que estamos ligados como la materia á la fuerza, de la que somos parte y en que, por un sueño de grandeza ideal, no hemos creído durante siglos, aislados y prepotentes.

Ya se estudia *psicología* en la Facultad de



Ciencias, es decir, psicología fisiológica y experimental, base de todo pensamiento hondo y de toda iniciativa ó conducta alta; la clase del doctor Piñero es un gran adelanto sobre la del doctor Escalante, que está aún en la fase de la revelación divina como origen de la moral y del derecho.

El señor Moreira ha prestado á los estudiantes y á los aficionados un gran servicio; sírvanle estas líneas de estímulo y de reconocimiento en nombre de la cultura argentina.

---



## NAPOLEON

---

El libro de Lord Rosebery, ex-primer Ministro de Inglaterra, *Napoleón, The last phase*, ha producido ya su impresión definitiva. Podemos hablar de él con reposo; lo hemos reflexionado. Su prestigio está reducido á su valer real, es decir, á su valer más constante. Porque, cuando un hombre de letras es al mismo tiempo un personaje, sus derechos á la consideración se suman; y es raro que el juicio sobre el uno no sea influenciado por el crédito del otro. Lord Rosebery, en este libro, tiene la importancia de una síntesis. Lo que él piensa de Napoleón, es, probablemente, compartido por una gran mayoría de los hombres de su clase intelectual. La crítica, sin embargo, no le ha sido muy favorable. *Lite-*

*rature* ha reconocido la habilidad del escritor, pero ha resonado con las más enconadas y envidiosas preocupaciones á propósito del génio que hizo temblar el poderío británico hasta los cimientos. Mil años, probablemente, se necesitan, para que un inglés llegue á hablar de Napoleón con algún desprendimiento. Así mismo, algunas frases de Lord Rosebery indican que si todavía el prodigio no es aceptado por el pensamiento inglés con una filosofía positivamente superior, la conducta de la Inglaterra en la última fase de Napoleón le parece ya todo, menos honrosa. «Si fuera posible—dice—ignoraríamos lo que se ha escrito sobre la deportación, pues su lectura es esencialmente penosa para un inglés. Debe lamentar que su gobierno emprendiera la custodia de Napoleón, y debe lamentar todavía más que ese cargo fuera desempeñado con un espíritu tan innoble y por medio de agentes tan infortunados. Si Santa Helena despierta penosas memorias para los franceses, son todavía más punzantes las que ella despierta entre nosotros». Se comprende el inmenso interés de la Inglaterra en que la figura de Napoleón parezca un delito de lesa humanidad.

Pero no puede hundir en ella las garras de su crítica sin destrozárselas; porque si Napoleón fué su enemigo y ella lo combatió hasta el último con todo rigor, cuando lo hubo vencido, reveló la profundidad de sus temores, y la baja naturaleza de sus pasiones, ofendiendo en él los sentimientos más sagrados. Así el inglés contemporáneo se siente humillado más de la *última fase* de Napoleón, que de sus maravillosas victorias. Es lógico. El mundo no vive solamente de libras esterlinas. Toda gran civilización debe basarse en la aspiración de una moral superior. La Francia, representada por Napoleón, frente á la Inglaterra representada por Hudson Lowe, es una sugestión desagradable para la historia inglesa. Y la prueba de que la roca de Longwood no es olvidable, es que un hombre político de la importancia de Lord Rosebery, no ha podido dejar de pagar ese tributo á las «punzantes memorias» que ella suscita, ensayando una confesión pública que no ha conseguido amenguar aquella inmortal infamia. Desgraciado tema, libro inoportuno! El martirio de Napoleón fué el bronce de su estatua; á medida que baja la temperatura á que lo elevó

la envidia y el rencor, su masa se endurece y resiste más á las mordeduras de la hipocresía. Necesita siglos quizás para condensarse; pero es innegable que se vá enfriando y modelando, hasta que se convierta en la imagen del espíritu más grande que ha aparecido hasta ahora en el mundo. Lord Rosebery ha comprendido que su ensayo no podía ser un éxito. Y lo confiesa diciendo que se trata de un *literary ghost* — fantasma literario — que lo incomodaba, y del que ha querido desprenderse.

No! Napoleón fué, es y será el problema político y moral del mundo. Mirarlo de demasiado cerca, no es resolverlo. Condenarlo como Lanfrey, es una hipocresía á base industrial, un indigno tartufismo. Endiosarlo como Las Cases es una ingenuidad cercana del ridículo. La fascinación que ejerce es tan irresistible, que Mme de Rémusat, la Staël, el mismo Talleyrand, le rinden homenaje involuntario, en sus memorias íntimas. No hay quien pueda, por el momento, hacer su retrato. Thiers, cuando pretende hacerlo, parece un gnomo midiendo una montaña con las manos. Taine lo pone bajo su microscopio y cree dominarlo porque lo analiza; su tentativa es un frac-

so. Después de dos mil años, Mömmsem ha animado la figura de César, diciendo: «Así como el artista puede pintar todo, excepto la belleza consumada, el historiador, cuando encuentra lo perfecto, puede solamente guardar silencio al contemplarlo»; Napoleón merece esas nobles palabras. A medida que el hombre abraza en su mirada más dimensiones, más líneas, más colores, el problema de las grandes personalidades se hace más complejo; y los libros, como el de Rosebery deben parecerle menos eficaces, menos dignos de su cultura.

Machiavelli vestía su traje sacerdotal de gala cuando se ponía á escribir. Lord Rosebery, al hablar de Napoleón, debió hacer lo mismo, debió ponerse la casta y pura túnica del hombre de letras, para officiar con el espíritu limpio de todo prejuicio. Pero es visible que su temperamento literario lo aleja de la contemplación de las grandes figuras. La hipocresía inglesa, el *cant*, determina en él un excepcionalismo de salón, convencional, opaco, uniforme. El jefe del liberalismo inglés no se

atreve á arrojar una mirada siquiera, sobre la responsabilidad humana; y sin embargo, ensaya un juicio sobre Napoleón! Ejercita su ironía poniendo sordina á sus cuerdas de crítico. Hudson Lowe no le produce ni rubor ni indignación. Es una elección desgraciada; eso es todo. La solidaridad de su carácter con las manifestaciones de su gobierno, de su prensa, y de gran parte de su pueblo, no atraen su atención. Diríase para él una tragedia de familia, cuyo desenlace fatal se explica por los personajes y los sentimientos que lo dominan. Con esta ausencia de pasión, no puede tratarse un tema que en cincuenta años había provocado más de diez mil estudios importantes, según el catálogo formado por orden de Napoleón III. Había que decidirse por el látigo de Junius, por el desprecio de Byron, ó por la justificación de Lord Bathurst y toda la política inglesa. Pero Junius y Byron significan la guerra á muerte contra las posiciones oficiales, la proscripción, y acaso la persecución á todo trance. La justificación repugnaba, sin embargo, á la fría honestidad del autor. De ahí la elección de su término medio, que no satisface al hombre de letras, cultor de la



belleza, ni al hombre de ciencia, cultor de la verdad. Ha preferido el comentario, la erudición, la fortaleza libresca, á lo Philarète Chasles y Boissier, punto equidistante de la pasión y de la filosofía, que es difícil de atacar, pero que no lleva á ninguna parte.

Su intención es disminuir el prestigio de Napoleón. Para ello analiza á sus compañeros de la última hora, entre quienes encuentra pocos héroes. Sus mistificaciones le sirven para invalidar sus testimonios en cuanto agrandan al cautivo. Las Cases, O'Meara, Antomarchi, Montholon, Gourgaud, opuestos los unos á los otros, resultan equívocos, ó teatrales, ó grotescos, ó viles.

Procede con ellos como los que han atendido á Saint-Cyr y á Soult para juzgar de la capacidad militar de Napoleón, sin pensar que la correspondencia del Emperador revelaría alguna vez que era imposible atribuirle una falta en ese terreno de su actividad. Tal es, sin embargo, la fuerza del vencido de Waterloo, que el biógrafo de su *última fase* tiene que declararlo en todas las ocasiones, superior á la vileza del gobierno, y de Hudson Lowe, ejecutor de su política. Este penoso examen de la vida

en Longwood, destinado á bajar el nivel maravilloso de Napoleón, se desarrolla metódicamente, á través de un estilo galano y pulido, que lejos de ser un elemento artístico, contraría, por la misma falta de indignación que revela. No es Lord Rosebery un cultor del preciosismo literario en que han caído hasta hombres de ciencia en nuestra época, como si el lenguaje del prestidigitador, multicolor, cambiante, propio de feria cosmopolita, pudiera aumentar la simpatía ó la admiración por el escritor. Al contrario; su cultura literaria lo hace sobrio, medido, circunspecto; y con estas calidades, tenemos que lamentar más su tentativa de arrancarnos las ilusiones que molestan á la moral inglesa.

Las últimas memorias de Gourgaud, especie de voz póstuma de Longwood, han excitado los nervios de su *literary ghost*; y es á ellas que se debe su aparición. Lord Rosebery usa su personalidad únicamente para reconocer que Gourgaud es el único que ha dicho la verdad sobre Napoleón cautivo. No hay, sin embargo, prueba alguna de que esas memo-

rias sean más verídicas que las otras. Las intimidaciones que contienen, son fuertes presunciones de esa mistificación en que caen casi todos los autores de «Memorias» destinadas á la publicación póstuma. Pero Lord Rosebery las encuentra tanto más verosímiles cuanto más extraordinarias. Napoleón no era un hombre que se confiara fácilmente. En aquella célebre audiencia al ministro Kourakin, en la víspera de emprender la campaña de Rusia, le decía: «Soy desconfiado como el hombre de la naturaleza . . . observo . . . .veo que alguien se dirige hacia mí, me preparo, pongo mano á mis armas . . . » Y habría abierto su espíritu de par en par á Gourgaud, alma ruda, áspera, él que no la había abierto ni á Duroc, ni á Lauriston, ni á Caulaincourt! Lo que confiesa á Gourgaud, personaje secundario, que por su estúpida petulancia había precipitado la traición del Estado Mayor de Marmont, no es solamente importante como secreto histórico; es su psicología íntima, todo cuanto podía rebajarlo á los ojos de sus admiradores, las queridas que había tenido, lo que había pensado de sus dos esposas, lo que habían sido ellas en la alcoba, en fin, el reverso de la me-

dalla imperial tal como lo pintaban sus más rabiosos enemigos . . . Único testimonio, entre miles, de una degradación oculta que ninguna mirada había podido señalar, este testimonio, sin embargo, es aceptado por Lord Rosebery con una candidez que en vano pretende desviar de sí las sospechas de cruelísimo artificio, con que seguramente la recibirá cualquier lector imparcial. El libro ha estado guardado cuarenta años; había sido escrito para la conciencia del autor; pero el interés histórico lo ha puesto en circulación. En Francia, donde se ha abusado hasta el delito de la falsificación de «Memorias», no se le ha hecho caso. Todo indica que se trata de una condena definitiva y justificada.

Los juicios que allí confía Napoleón á su antiguo ayudante de campo, sobre algunos de sus compañeros militares, son terribles; el de Ney, por ejemplo, que acababa de fusilar el gobierno de la bandera blanca: «Nadie debe faltar á su palabra; desprecio á los traidores». De este modo Napoleón desmentía una vida entera de alta consideración por las maravillosas dotes militares del «bravo de los bravos». En Friedland, al confiarle el ataque á

los rusos que ocupaban los puentes, le dice: «He ahí el objeto: es preciso alcanzarlo sin mirar para atrás!» Y como Ney partiera al galope, feliz de poder dirigir un ataque formidable, Napoleón, al ver su actitud marcial, exclama hablando con Mortier: «Ese hombre es un león!» Y en Rusia, cuando lo cree perdido, cortado de Davout, en el Dnieper: «¡Qué hombre! Qué soldado! Tengo 300 millones en los sótanos de las Tullerías y los daría todos por recobrarlo!» A pesar de estas visibles incoherencias con su modo de expresarse en las *Memorias de Gourgaud*, Lord Rosebery no se siente inclinado á sospecharlas. ¡Qué ingenuidad!

Pero si de este libro equívoco, la figura de Napoleón resulta disminuida para los que se complacen en escrutar los defectos del genio, y que solo se interesan en ellos y no en las grandes acciones que se debe en parte à esos mismos defectos, la Inglaterra no resulta más grande que antes de Waterloo. Es un temperamento tan metódicamente frío el de Lord Rosebery, que ni siquiera halla admirable á su propio héroe nacional, que la historia inglesa decora con el pomposo título de «ven-

cedor de Napoleón». «Lord Welington, dice, considera el futuro de Napoleón con una filosofía robusta pero no altruista». Las indignidades de su patria con respecto al gran caído, no lo conmueven. Una sonrisa escéptica le basta para acompañar aquel documento oficial en que el gobierno británico declara que: «Napoleón debe ser fusilado ó ahorcado en Francia». Ya se sabe que Blücher había querido asesinarlo por medio de sus hulanos, sorprendiéndolo en la Malmaison; bajeza de que lo salvó la actitud caballeresca de Welington, y un poco también el sable de los dragones de Excelmans. A Hudson Lowe lo trata con desprecio de diplomático. Recuerda la opinión de los principales contemporáneos á su respecto, que no podía ser más unánime en presentar al *carcelero* — como lo llama Byron en una nota de su «Diario» publicado por Tomás Moore, — de una manera que es dudoso que sus descendientes hayan agradecido á la fortuna la obligación de llevar su nombre. Se contenta con ridiculizarlo, con encogerse de hombros cada vez que su conducta humilla en él al compatriota. Falta sexo á Lord Rosebery; su delicadeza es casi un hermafro-

dismo. Nos impacienta no sentir en tales casos, el estremecimiento de la repugnancia ó de la indignación, colorear la palabra del escritor y hacer subir á sus labios los adjetivos que naturalmente provocan las villanías.

El gobierno inglés mandó privar á Napoleón de la sociedad de dos ó tres modestas familias inglesas que había cerca de Longwood, porque conseguía despertar interés y simpatía en ellas . . . . Hudson Lowe elevaba á la categoría de traición al Estado, el no confiarle lo que se había hablado con el ilustre cautivo. No pudiendo hacerse recibir él por Napoleón sinó para ser fulminado y tratado como el último miserable, oponía toda clase de resistencias á que otros fueran recibidos; y así fué cómo obtuvo que el vencedor de Austerlitz se viera obligado á encerrarse en su cabaña de madera, donde las ratas atacaban hasta las personas. Cuando, por fin, su grande alma se desvanece, sus servidores tienen que enterrarlo sin poner ni siquiera sus iniciales en el féretro, porque hasta allí vá la terrible consigna de Hudson Lowe! Antes que permitir que la N imperial baje á la tierra con una corona, emplearía la fuerza . . . Y por fin, la Inglaterra,

«vendiendo», veinte años después, el terreno en que había sido depositado el augusto cadáver, completa ese cuadro desolador para el amor propio inglés, sin que Lord Rosebery se sienta electrizado por tanta miseria . . .

Dos preguntas se hace el autor de este libro: «¿Era Napoleón un hombre bueno?» «¿Era un grande hombre?»

Y su manera de responderlas es de una mediocridad desesperante. A la primera, lo hace de modo equívoco. «Ciertamente»—dice—«no era bueno á la manera de Wilberforce ó San Francisco». Créese que tuvo varias épocas, y que mientras no había subido al apogeo del poder, era «amable, generoso y afectuoso». Pero no conservó sus amigos, fué traicionado por sus favoritos, su mujer lo abandonó á la primera caída . . . . A la segunda: que si ser grande es la «combinación de calidades morales con el intelecto», ciertamente «no fué grande». Que lo ha sido en el sentido de «lo extraordinario, del esplendor, de la unión del génio civil con el militar». Qué esterilidad, ó, más bien, qué ceguera!



Esas medidas no son para estos gigantes. Un hombre de estado sabe perfectamente que en el mundo no hay bondad, ni caridad, ni nobleza, que no proceda de la Fuerza. Napoleón era la Fuerza. Encontró el feudalismo en su camino y lo abatió de un golpe de maza. Porque, quien encauzó la Revolución y la cristalizó en poliedros duraderos, fué él. Encontró el fanatismo y lo ajó. Su Concordato fué la muerte del catolicismo en los espíritus más pertinaces; aceptando la superstición como «factor político», la desarraigó y la privó de toda reputación. Abrió puertos, cavó cuencas de ríos y de mares, creó industrias, excitó las artes, dió alas á las ciencias, elevó los ideales y agrandó la imaginación, porque «por ella se gobernaba á los pueblos». Las guerras habían salido de las intrigas de las favoritas; él las hizo surgir de las necesidades del comercio y de la civilización.

Italia dormitaba bajo la tiara romana y el ceremonial austriaco. Montenotte, Castiglione, Arcola, Rivoli, Marengo, la arrancaron á la ignorancia de su destino y la impulsaron á la conciencia plena de su fuerza. En cada ciudad, en cada aldea de Italia, debiera haber

un Napoleón de mármol ó de bronce. La Suiza tenía señores y siervos; su protectorado abolió las diferencias y estableció el régimen bajo el cual ha prosperado hasta hoy. Ulm, Austerlitz, Wagram, desprendieron del Austria la electricidad civilizadora que aislaba la seda señorial; la enseñó á batirse, lo que no habían conseguido ni María Teresa ni Federico; y la sacudió para que le entraran en el cuerpo y en el alma las nociones de la nueva conciencia humana. Los estados católicos y protestantes de allende y aquende el Rhin, bailaron la zarabanda de la libertad, y junto con el taco de la bota vencedora, sintieron en sus carnes humilladas el Código de Napoleón, que levantaba y enseñaba dignidad; la Prusia, aplastada de un sablazo magistral, iba á llorar en Koenisberg la falta de no haber sido ni buitre ni cordero, y recibía la gran lección que Blücher debía aprovechar más tarde. Iena debiera tener un arco en Berlín como lo tiene en París. La España, carcomida por el clero y los Borbones, no era una nación sinó una pocilga. Tenía menos crédito que una aldea suiza, y menos poder militar que Baden ó Mecklemburgo. El Príncipe de la Paz, amante

desdeñoso de una reina sin decoro, gobernando aquella inmensa somnolencia, solo interrumpida por las intrigas de la Inquisición y las cacerías de un rey contento de su *amistad triangular* — la expresión es de Ibsen — era un ludibrio, un absurdo, al lado del meteoro Napoleón. Acercóle su tea y la incendió. La Rusia era bárbara; trescientos mil soldados de todas las naciones, pero penetrados del fuego napoleónico, regaron con su sangre aquellas vastas soledades en que Pedro el Grande y Catalina habían modelado el siervo; y de esa semilla grandiosa han salido las Universidades, la legislación europea, las aspiraciones políticas superiores, el aire, el oxígeno, que ya circula en el imperio moscovita y que lo acerca cada vez más á nuestro concepto de la civilización.

La Bélgica, la Holanda, fueron barajadas como naipes; pero sintieron circular en sus venas la nueva sangre, la robusta vida suscitada en las conciencias por las convulsiones de la Revolución. La Inglaterra fué la única que no sintió sobre su nuca el pié fulgurante del conquistador; pero allá quedaban, temblando todavía de su boda con la Musa po-

lítica del siglo, el Egipto, Malta, Santo Domingo . . . Ah! si César hubiera tenido tiempo, si su espada no se hubiese quebrado en su mano, de tanto golpear sobre los que no querían abandonar sus prejuicios morales, políticos, comerciales, sociales! . . .

En esta lucha gigantesca, la Inglaterra impulsó á batirse á todas las naciones, las compró con su oro; y mientras se apoderó de las colonias más preciosas para el comercio. Napoleón no cayó á sus golpes, aunque fuera inglés el general que comandara la primera y última batalla en que fué derrotado; pero ella aceptó el ser su carcelera, y cumplió su repugnante contrata con las potencias de la Santa Alianza, sobrepujando al zapatero Simón que torturara al hijo de Luís XVI, en la prisión del Temple.

Querer aplicar la moral á un ser extraordinario como este, es absurdo; y discutir si fué «grande hombre», es mala fé. ¿Que sorprendió á España y fusiló al duque d'Enghien? ¿Que no conservó sus amigos hasta Longwood, que sus dos esposas le fueron infieles? ¿Que apri-

sionó al Papa? ¿Que estrujó, en una palabra, la masa que modelaba, cuando esa masa no fué blanda? Pero si todo eso era natural en su prodigioso destino! Pero si esa es la enseñanza que él trajo al mundo, la enseñanza de la Fuerza, que allana los obstáculos, que suprime las distancias, que excita las nuevas virtudes por el sacrificio de las antiguas, que arroja la vida en nuevos moldes!

Napoleón creó el heroísmo *nacional*, creó la Gloria,—entidad que la civilización cristiana ni ha conocido ni puede estimular—calentó la naturaleza humana hasta el rojo blanco, y reveló que el culto del Cielo con menosprecio de la Tierra, era un gran absurdo ó una gran superchería. Sin Napoleón el hombre habría continuado la tarea de salvar su alma, á la manera de los jesuitas, bajo una máscara; fué él quien nos enseñó á amar la Vida, que estaba desacreditada, es decir, el hogar, la familia, la patria. Cristo no tiene patria; y los hombres necesitamos tener un objeto concreto, sensible, palpable, para resignarnos á vivir. La Inglaterra, que comercia con la Biblia en la mano, es una discípula astuta de Napoleón. La Alemania, que desparrama sus hijos y sus

mercaderías en todas las latitudes, que cultiva el espíritu y el cuerpo, como para un combate récio, es un soplo del Napoleón que la pisoteó pero que la despertó. La única que se negó á ser fecundada, España, languidece. La civilización de nuestro siglo es napoleónica.

La vida humana es dolor ó placer; así se sintetizan en esas dos grandes impresiones, lo bueno y lo malo. Cuando la Fuerza es empleada en oprimir, en entristecer, en nublar el espíritu, el dolor sube en la balanza, y la muerte se acerca; cuando es empleada en hacer triunfar la Verdad; en restablecer el equilibrio; en jerarquizar las posiciones de acuerdo con el trabajo y la producción de cada uno, con su poder militar y económico; en destruir privilegios y hacer circular la riqueza; en excitar el talento y el amor del heroísmo y de la gloria, el placer reconquista el lugar que la naturaleza le asigna en la historia de la Vida.

Imperialismo, república, dos fenómenos incoercibles; condensación y difusión de la Fuerza; sístole y diástole. Inglaterra, Alemania, las

dos enemigas de Napoleón, son imperialistas; Estados Unidos lo será; todos los hombres y todos los pueblos lo han sido, y lo serán, á su tiempo. Pero nadie lo ha sido como la Francia bajo Napoleón, con mayor ventaja para la vida, con mayor placer, con mayor gloria. Nadie ha lanzado el pensamiento á mayor profundidad ni á mayor altura que Napoleón, porque sus prodigios son un resorte de incalculable potencia.

---





## EL ESPÍRITU DE REBELION

El señor Enrique Kubly, de Montevideo, ha publicado últimamente un libro con el título que sirve de epígrafe á estas líneas. Es un viaje brillante y rápido á través de la historia del espíritu humano.

Vale esto decir que el tema no es una novedad. Muchos escritores, á mitad de este siglo, trataron de presentar síntesis de esos complejos fenómenos, que por primera vez, á fines del siglo XVIII había tratado Stuart Mill en sus *Moral Sentiments* y su *Wealth of nations*, dos polos de una misma pila.

Víctor Cousin en su *Histoire de la Philosophie*, reunió más tarde todos los elementos que podían servir para tomar una vista de

conjunto, pero su temperamento le impidió apreciar los sucesos, con sexo verdaderamente masculino.

Los vencedores en este torneo, los que han preparado la victoria final fueron Ranke, en *Die Päpste*, Hume en su *History of England*, Buckle, Macaulay, Hallam, los grandes defensores de la libertad del pensamiento, los grandes protestantes, los grandes enemigos de la infalibilidad y de la revelación. ¡Que falange! Esa mitad del siglo XIX es una terrible, inexorable liquidación de cuentas.

Después de Montaigne, de Rabelais, de Swift de Voltaire, de los enciclopedistas, de los deshacedores de toda superstición, vienen los escritos finales, los que dejan establecida por siempre la huella de la salud mental Humana.

Habían sido precedidos en la escultura del estilo, por el incomparable Gibbon, por el artista, el pensador y el filósofo que Renan debía imitar más tarde en su historia moral, pública y privada.

Y tantos otros!.. todos los grandes que han abatido el orgullo de Roma, que han cla-

vado en su carne de esclavo las garras eternas de la justicia.

El señor Kubly pertenece á ese abolengo; y su libro, fruto de un gran labor, está formado de inducciones serias y meditadas tomadas de la fuentes originales.



# EL IDIOMA NACIONAL

DE LOS ARGENTINOS

---

*El idioma nacional de los argentinos* es un libro útil, interesante, que puede tener incalculables consecuencias en nuestro desarrollo mental y moral. Su autor, el señor Abeille, es un hombre distinguido, versadísimo en una multitud de materias que le permiten considerar el fenómeno lenguaje de un punto de vista superior al de los gramáticos y aún al de los literatos en general. No es un filósofo, ni un psicólogo; pero es un profesional de la lingüística, vale decir un estudioso del árduo problema que presenta el alma humana reflejada en la palabra que sirve de signo al pensamiento. Perfectamente al cabo de la litera-

tura contemporánea relativa á la ciencia del lenguaje, aprecia nuestro modo de escribir y de hablar, de acuerdo con los elementos que sirven para la clasificación y análisis de las lenguas muertas y vivas, y le resulta una imagen del alma argentina, diferente del alma española, malgrado la aparente similitud del instrumento que sirve á ambas de medio de expresión.

El libro del señor Abeille se resiente de algunas imperfecciones, que debemos atribuir en parte á haber sido impreso en París, lejos de la vigilancia personal del autor; y en parte á que su conocimiento del idioma mismo que estudia es todavía incompleto; todo ello le hace incurrir en errores que en una edición posterior podría corregir, con lo que ganaría mucho su tesis.

Esta, además del interés literario que despertará seguramente entre los estudiosos, contiene una proposición de inmenso valer para nosotros los argentinos. Schlicher, Darmester, que él cita, y otros, como Whitney, han probado, hace muchos años, que el fenómeno lenguaje está ligado íntimamente á la psíquica de cada pueblo. Curtius en *Griechische*

*Geschichte* había establecido que aún el carácter propio de los dialectos depende de las condiciones físicas en que se desarrollan los hombres que los hablan. Max Müller en uno de sus *Essays*, y posteriormente en un artículo publicado en la *XIX Century*, en contestación al duque de Argyle, sostuvo que *sólo se pensaba por medio de palabras*.

La psicología experimental ha venido á dar razón á los que habían adelantado esas doctrinas, basándose en la observación subjetiva; y hoy es un hecho incontrovertible en la ciencia del espíritu humano, que el lenguaje es un fenómeno involuntario é inconsciente, cuyos caracteres surgen del modo de ser de cada pueblo, y pintan sus rasgos mentales.

Poder analizar ese fenómeno cuando él pasa en nosotros mismos, es utilísimo, porque podemos, después de hacerlo, ayudar ó contrariar las corrientes de su evolución, según que nos parezcan convenir á nuestros ideales de progreso; y aun cuando así no impediremos que se cumplan las leyes fatales á que estamos sometidos, tenemos motivos de esperar que retardaremos aquellos detalles que nos favorecen, debiéndose naturalmente entender

que siendo asientos del fenómeno, podemos reaccionar sobre él, en virtud de la correlación necesaria entre los dos términos. Las leyes naturales á que nos referimos, ni nos condenan á, ni nos liberan de, la decadencia prematura; ellas gravitan sobre nosotros; no dejan de cumplirse porque sepamos aprovecharlas para nuestro mejoramiento ó felicidad. La sabiduría consiste precisamente en conocer el modo de evitar que ellas estén siempre contra nuestros deseos. Así se ve que el psicólogo y el psicópata pueden escapar á enfermedades mentales que continuarían su proceso desorganizador, si ellos no supieran evitarlos por medios cuya oportunidad no se presentaría á los demás hombres como necesaria. El militar competente reduce á proporción mínima las probabilidades de ser derrotado. El entendido en economía política prospera allí donde un ignorante sufre bancarrota.

Un pueblo puede derivar, también, grandes beneficios del examen del lenguaje que se está desarrollando en él; lo mismo que hace con su estadística general. Si esta le revela descenso en la población, en la producción, en su intercambio, trabaja por remediar tales in-



convenientes; y vice-versa, apoya todo esfuerzo que el estudio le demuestra favorable á sus intereses.

El señor Abeille se ha propuesto examinar esta cuestión, fundamental para nosotros. ¿Deben los argentinos acatar la legislación española sobre el lenguaje que están desarrollando? Responde que no, y se apoya, para sostener esa opinión, en las creencias de muchos hombres que han estudiado las lenguas muertas y vivas, y que como él están persuadidos de que cada pueblo debe tener un idioma propio, libre, flexible, claro, porque solamente en esas condiciones puede el espíritu dar de sí todo lo que lleva.

La investigación minuciosa que ha llevado á cabo, de los caracteres propios del idioma que hasta ahora han hablado y escrito los argentinos, lo habilita para señalar la peculiaridad de que este pueblo joven y vigoroso es distinto, en muchos detalles de su espíritu, del pueblo español, y para predecir que, obedeciendo á los declives y rasgos que ya se acentúan en él, continuará *expresándose* de un modo diverso al de su patria de origen. Es, pues, interesantísimo este informe técnico sobre una

de las facetas de nuestra mente. Es una declaración valiosa sobre nuestra *pubertad nacional* y sobre el derecho y la razón que tenemos de independizarnos, en cuanto nos sea posible, de la España. Inmenso servicio, incalculable, como hemos dicho al principio de este artículo; porque si los que todavía se sienten atados á la tradición colonial, llegan á persuadirse de que, malgrado todos sus esfuerzos, nuestra evolución nos lleva á *diferenciarnos* de la España, cesarán de rendir culto á viejas leyes y modos de decir, que retardan,—porque el lenguaje es un molde,—la florescencia de nuestro espíritu nacional.

Y ahí está la poderosa literatura científica de la Francia, la Inglaterra y la Alemania, para enseñarnos que cada espíritu es la reunión sistemada de ciertos conocimientos. Un pueblo moldea su propia alma. Conviene que cada pueblo la moldée lo más libremente posible, porque así retarda menos su propia realización. Y como no hay conjunto idéntico de condiciones, no hay seres, ni pueblos idénticos. La nación argentina se ha separado de España, porque los hombres que la componen no se parecen á los españoles en todo. Esos

caracteres que los diferencian son los que Abeille encuentra reflejados en el *idioma argentino*. El uso de la independencia ha afirmado nuestro tipo. Somos argentinos, no españoles, y hablamos un idioma que se diferenciará tanto más del español, cuanto más cultivemos las calidades admirables que nos llevaron á independizarnos. Somos republicanos, tolerantes en materia religiosa, cosmopolitas por nuestros gustos, y debemos elevarnos hasta la conciencia de nuestra personalidad, que no es secundaria ni derivada, como han hecho los Estados Unidos con la Inglaterra. No tenemos por qué copiar á la España en su lenguaje; vamos muy bien como vamos; y cuanto más *germanicemos* nuestras instituciones, y nuestro pensamiento,—cuanto más libres seamos, mejor para nosotros, para nuestros descendientes y para todos los hombres que habiten nuestro suelo.

El señor Abeille ha prestado, pues, un incalculable servicio á la República Argentina.

---



## TRES REPIQUES <sup>(1)</sup>

---

No, no es silencio hecho á propósito. Es indiferencia nacional por el pensamiento. Cualquiera libro de Agustín Alvarez que un lector fino principie, no será por él abandonado sino en la última página. ¿Quién no halla encantadora su prosa varonil, irónica, hiriente á veces, pero siempre noblemente inspirada? Los diarios no hacen silencio alrededor de los buenos libros, como *Tres repiques*, por horror de la sana literatura; lo hacen también alrededor de los malos, por horror del trabajo. Eso es lo que no quieren: trabajar. El arte literario no tiene casi cultores entre nosotros, porque no produce. De cuando en cuando, algún su-

(1) La prensa había hecho silencio sobre este libro de Alvarez.—N. del A.

blime Quijote acomete una empresa por amor de las bellas letras solamente; y la gente sensata lo compadece. «Se morirá de hambre! pobre mozo!» En efecto, eso pinta nuestro estado intelectual, y explica el motivo del silencio de que se queja Lugones.

Ha faltado algún amigo que se acerque á los diarios de gran circulación, con un artículo, y obtenga que se lo publiquen de favor. Es que el momento actual es rudo. Nadie quiere oír hablar de cosa que no sea dinero.

La cuestión educacional, de que trata *Tres repiques*, es quizás el problema más fundamental de la hora presente. Y Agustín Alvarez, que á pesar de su título no es y no será jamás académico, ensaya sus explosivos en la masa tórpida de la opinión, buscando aire para los pulmones de la nueva generación. No lo escucharán, porque en nuestro país, todavía, no se sabe escuchar. Será como tantos otros libros y como tantos otros esfuerzos de otros Quijotes, que se han perdido en la indiferencia de una sociedad que ha resuelto desaparecer asfixiada por el clericalismo.

Hace poco, un alto personaje, con un suspiro, nos confesaba que creía imposible aún

la modificación de los planes de educación actuales, «porque el país no quería más que doctores». No quiere más que doctores, porque, como dice Alvarez, no quiere trabajar. Y contra una corriente nacional, no hay libros, ni artículos, ni discursos, ni leyes que valgan. Tenemos en la sangre el fijodalguismo, y han de parecernos estúpidas, insensatas ó crueles todas las prédicas para que lo abandonemos. Hay una débil proporción de filósofos, que en silencio, sin *Crónica Social*, se han metido por esos campos feraces y están haciéndose, ó se han hecho, una independencia personal; pero son obreros aislados, divorciados con la opinión, hoscos, que no se atreven á desafiar las corrientes que llevan al hipódromo, á la carpeta verde ó á la Opera. Son los únicos que harán sobrevivir el nombre argentino, en el aluvión que prepara la nacionalidad futura. Los demás desaparecen con rapidez, absorbidos por la decadencia que fatalmente los extermina; el extranjero lo reemplaza ya en el posesión de la tierra, en el *trabajo*; y mañana lo reemplazará en todo. Verdades amargas. Conocidas y aceptadas, estimularian á la lu-

cha; pero qué difícil es ir contra las tendencias naturales!

Todo esto es tratado superiormente por Agustín Alvarez; es su tema, su cuerda, la manera como vibra su patriotismo. Su constancia es ejemplar. Nos falta, para escucharle, estar maduros. La prensa misma rehuye el espolear así la opinión. Por eso vamos como vamos. . . .

•

---



## RAREZAS

---

Un libro escrito por una mujer, debiera ser una obra perfecta. Desgraciadamente, la sensibilidad, que es lo que da materia para los libros, no puede pintarse á sí misma. El libro tiene que ser la obra de la razón. Ahora bien, Mme. de Staël, que es quizás la única escritora que ha razonado friamente, en algunos casos, mientras escribía, tenía cerebro masculino. No se puede ser mujer, en el sentido más general de la palabra, y pensar como hombre, analizar, calcular, combinar extensamente. George Sand es un novelista fecundo en vulgaridades, una máquina de escribir romances á tanto la línea. En Mme. Roland hay un hermosísimo corazón, pero el espíritu que lo anima es ajeno á la

división de la sociedad según los sexos. Mme. de Rémusat tiene un talento tan fino, que se le puede comparar á un diamante pulido por el roce de todos los refinamientos: lo mismo luce en el anillo de una dama que en el pomo de una espada. Mme. Campan tiene el sexo de su estado y de su edad. Mme. de Genlis es una verdadera mujer, impresionista, vanidosa, ligera, que vive de mentirse dichas que no goza y de esperanzas que jamás se realizan; en cambio, sus *Mémoires* son un juguete de salón, un abanico de plumas, coqueto, pero vano. Es infinitamente difícil ser mujer y tener talento literario; es como ser mármol y cincel al mismo tiempo. Mme. de Sevigné es un caso raro, una joya de corte, un «viejo estilo», maravillosa flor de serre chaude, que conserva su pureza de líneas, su carne transparente, sus gracias de Venus, sin que las empañe el ácido del talento, el espíritu ático y el inevitable análisis que hay en todo escritor.

Las *Lettres de Mlle. de L'Espinasse* son ejemplos involuntarios, espontáneos, del arte femenino; hay que apreciarlas como documentos de psicología, lo mismo que las de Sor Teresa de Jesús; por esta clase de literatura,

se ve que la mujer no tendría rival en ciertos dibujos y esfuminos del corazón humano, si pudiera retratarse á medida que vive y que siente.

Pero ese es precisamente el problema insoluble. La mujer es la emoción; necesita el artista que la traslade al lienzo, con su movimiento propio; es el sujeto, el tema. Nada de extraño, pues, que seamos exigentes con la mujer que, escribiendo, pretende todavía ser mujer. Matilde Serao, la condesa Sara, muchas mujeres inglesas que escriben libros entretenidos, como Carlota Braeme, dejan de serlo cuando escriben; son espíritus independizados por el arte ó la necesidad, del prisma especial á la vida femenina; han renunciado á ver según su modo normal; son artistas.

*Rarezas*, pues, es un ensayo que no puede sostener la comparación con nuestro ideal. Cuando se tiene la dicha relativa de ser mujer, es preciso conservarse. Ser flor es un misterio. Toda mujer que se contenta con serlo, que acepta su destino, que es perfume,

corona, ó madre de familia, es deliciosa. Hablar es para ellas, arrancar ilusiones. Escribir es revelarse, descender, explicarse. La mujer de talento se concentra, en lugar de radiar. Un movimiento suyo, un silencio, un ademán, una sonrisa, una mirada, son sus libros, los libros que nadie pudo escribir antes ni podrá escribir después. Algunos artistas sublimes han reflejado esos libros, y con ellos se deleitan los que no pueden amar, como hacen los intelectuales pobres con las estatuas y los lienzos de genio. ¿Pero quién podrá igualarlas jamás con los verdaderos libros, con los libros vivientes, que hacen palpar el corazón y vibrar el espíritu en su onda máxima?

Escribir *confesiones* como *Rarezas* es tratar de explicarse; jamás harán ellas el efecto del misterio mismo. Las mujeres son incomparables en las cartas de amor, en la pintura de sus pasiones juveniles; algunas, han llegado al genio, cuando han exhalado su angustia sobre la tumba de un hijo adorado; tal la autora anónima de aquel cuadro que estremeció la Europa literaria, hace veinte años, con *Dolor de madre*.

Llorar así, ansiar, temblar, es desprender el perfume de que las dotó la naturaleza. Es conservarse flores, es prolongar el encanto de su figura, es continuar el misterio. Que escriban como espíritus independientes de la sexualidad, se comprende; son pensadores pero que escriban como *mujeres*, para explicarse, para pintarse, es un error. Todas las grandes encantadoras del arte, son silenciosas. Las más dulces figuras de Shakespeare, apenas hablan. Ofelia tiene un lenguaje de símbolos y de misterios, que la rodean de silencio, que la bañan en el éter de su inocencia. Así Desdémona. Goëthe ha presentado su inmortal Margarita dibujando apenas su retrato. Todos sus dolores son actitudes mudas. Son copias de la vida. El arte consiste en eso. En el mundo de Augusto ¿qué figura puede competir con Octavia, que no se queja, que desaparece como una azucena tronchada, llenando el aire del perfume de sus hojas que mueren?

---



## DEL MISMO AUTOR

*En la Brecha*, editado en París, 1 volumen, agotado.

*Novelas y Cuentos*, de EDGAR POE, traducidos del inglés, editado en París. 1 volumen.

*Vida de las Instituciones*, (estudio de Ciencia Política), 1 volumen, editado en Buenos Aires, agotado.

*Mujeres de Ibsen*, 1 volumen, agotado.

*Medallas*, 1 volumen.

## EN PREPARACIÓN

*La Vena Oculta*, 1 volumen.

*Vibriones*, 1 volumen.

*Londres, París, E. Unidos*, 1 volumen.

*Ironías*, 1 volumen.

*Paradojas*, 1 volumen.

*Napoleón*, 1 volumen.









